



AÑO II.

Madrid, 1.º de Febrero de 1877.

NÚM. 5.º

DIRECTOR:
EL CONDE DE LAS CINCO TORRES.

REDACCION:
San Pedro, 1, segundo.

PRECIOS EN ESPAÑA Y PORTUGAL.

Año.....	20 pesetas.
Seis meses.....	11 »
Tres.....	6 »

EN EL EXTRANJERO.

Año.....	25 francos.
Seis meses.....	14 »
Tres.....	8 »

EN AMÉRICA, PAGO EN ORO.

Año.....	8 pesos fuertes.
Seis meses.....	4.50 »
Tres.....	2.50 »

ADMINISTRACION:

CARRETAS, 12, PRINCIPAL, MADRID

á donde se dirigirán los pedidos
de suscripciones.

SUMARIO.

Los canales de riego en España, por E. P.—El Comendador Mendoza, por J. Valera.—Caballos, por el Marqués de la Conquista.—Densidad y permeabilidad de las tierras destinadas al cultivo, por D. Balbino Cortés de Morales.—Fisiología de corral; gallináceos, por J. B.—Crónicas campestres, por Pico de la Mirandola.—Noticias generales.—Noticias de la sociedad. De Madrid. De Portugal.—Noticias gastronómicas.—Noticias económicas.—Floricultura.—Tiro de pichón de Madrid.—Mercado de Madrid.—Cuadro de palabras.—Anuncios.

LOS CANALES DE RIEGO EN ESPAÑA.

Nada hay que indique tan directamente el grado de prosperidad y riqueza de una nación como el desarrollo en que se encuentra su agricultura. Prescindiendo de las diversas condiciones climatológicas y topográficas que la naturaleza impuso de manera tan distinta á unos y otros países, es decir, partiendo del estado natural de la producción, cuanto más perfección haya adquirido la agricultura, más riqueza propia habrá en el país, y de sus recursos saldrá su manutención y aun estará en el caso de exportar en buenas condiciones económicas.

El cultivo del campo es tan de primera necesidad, que puede afirmarse que así como en el individuo la más apremiante es la conservación de la vida, del mismo modo en una nación es preferente la que proporciona el sustento á sus individuos, lo cual se confirma por el hecho de que aun las naciones como Inglaterra, que deben su principal prosperidad á la industria fabril, se han creído en el caso de luchar con las malas condiciones naturales de su suelo, hasta colocarse á la cabeza de los países agrícolas.

Es necesario, por tanto, conceder una preferente atención á la Agricultura, y si en términos generales debe hacerse siempre, ha de haber mayor estímulo para obrar así cuanto mejores condiciones naturales posea la comarca, porque á igualdad de trabajo empleado, con idéntica perseverancia en el camino del estudio y de las mejoras, se llegará más pronto á un estado floreciente. Este es el caso de nuestra España, de la que se dice muy comunmente que es país eminentemente agrícola, concepto que no es admisible en el sentido científico de la palabra, porque se confunden dos ideas distintas, la de la fertilidad natural, las especiales condiciones primitivas de nuestro suelo, que son excelentes y llevan la imaginación á desear mucho más, y la del *cultivo del campo*, que es rutinario y urge

en extremo regularizar y llevar á buenos principios científicos.

Para conseguir esto tenemos como elementos indispensables, como primeras materias, digámoslo así, el sol de nuestra España, que sólo no es envidiado por nuestros hermanos de Italia; un clima medio altamente favorable para la producción de toda clase de frutos; un suelo natural que si es excelente y en extremo fértil, puede aún serlo más por la aplicación inteligente de los abonos, y finalmente, poseemos también con un caudal de aguas grande ó pequeño, pero proporcionado al fin, que no ha de admitirse que el Sér Supremo, previsor en todo, hubiera descuidado el necesario sustento de los españoles.

El papel que el agua desempeña en la producción, si no es sabido científicamente por muchos, lo es prácticamente por todos nuestros labradores, que lo aprenden muchas veces á costa de la ruina de sus cosechas y su fortuna, y basta esta consideración para comprender que el adelanto de nuestra agricultura está íntimamente ligado con el mejor aprovechamiento de todas las aguas que discurren por nuestro suelo, cuya investigación preliminar se hace indispensable.

De varios modos puede emplearse en los riegos el agua de los ríos y arroyos. Puede tomarse directamente de aquéllos, por medio de una presa construida á través de la corriente, que, reteniendo y elevando su nivel, la dirige por una caja ó zanja dispuesta en el terreno hasta el sitio donde ha de emplearse, constituyendo así un canal de riego.

Puede también construirse un muro que, cerrando convenientemente un estrechamiento del terreno, retenga ó almacene allí las aguas de lluvia ó las muy escasas que lleve el cauce, para darlas en un riego eficaz cuando existan almacenadas en cantidad bastante, y esto constituye los pantanos de riego.

Pueden, finalmente, sorprenderse las corrientes subterráneas que llevan al mar un caudal de aguas oculto tal vez á los campos cuya sed pudieran apagar, y luchando con la naturaleza y tomando auxilio de la ciencia moderna, hacerlas aparecer en la superficie bajo la forma modesta de pozos ordinarios, ó la grandiosa de los pozos llamados artesianos.

Prescindiendo de este último medio por lo que tiene de aleatorio y porque en definitiva representa una escasez de aguas vistas que no debemos admitir, hasta que aparezca patente, después del apro-

vechamiento de todas las superficiales de que se dispone, sólo consideraremos los dos primeros medios.

Ahora bien, ninguno de estos dos sistemas es absoluto y puede aplicarse con exclusión del otro; cada uno reclama condiciones especiales que le harán preferible en circunstancias dadas; pero en términos generales, después de bastantes años de estudiar nuestro país bajo este punto de vista, profesamos la opinión de que lo indicado principalmente aquí, como con gran sentido práctico apuntaron los árabes hace once siglos, es la construcción de pantanos de riego.

De todos modos, para sacar todo el partido posible de las aguas disponibles, es necesario empezar por el estudio detenido de nuestro sistema hidrográfico; averiguar el agua con que se cuenta, para distribuirla después en la medida de las necesidades y con arreglo á su importancia, y esto con tanto más motivo cuanto que la dotación normal de nuestros ríos es excesivamente pequeña. Nada significa que en las avenidas discurran por sus cauces volúmenes enormes de agua, que más bien perjudican á las propiedades ribereñas, si en el estío, es decir, cuando más falta hace el agua para los riegos, el caudal de aquéllos es muy reducido y hasta ilusorio. Para saber á qué atenerse en todo esto, el reciente restablecimiento de las Divisiones hidrográficas ha sido una medida muy acertada, porque tiende á adquirir los datos preliminares necesarios para un plan ordenado de canales de riego, para el que debe aprovecharse la experiencia de lo acaecido en nuestros Caminos de hierro, estudiando bien, antes de conceder ninguno, cuál sea su utilidad y qué beneficios ha de reportar. El conocimiento de los mencionados datos es tan necesario, que la Junta Consultiva de Caminos, obrando con muy sabia prevision, no se ha atrevido en algunos casos á resolver sobre determinadas concesiones de agua ante el temor de que no existiera el caudal suficiente para conciliar la que se pedía con otras anteriormente concedidas.

Este solo hecho revela que hace falta reglamentar y dar unidad y un sello eminentemente práctico á los trabajos que se encomiendan á las Divisiones hidrográficas, y en este concepto aplaudimos también la creación, en el Ministerio de Fomento, de la Comisión central de Hidrología, que tiende á aquel fin.

Cuando sea conocida exactamente la cantidad de agua que llevan los ríos de la Península, y pueda

hacerse un deslinde de las aguas libres y las que tienen dueño, es de esperar que se inaugure la época de los canales de riego con la misma fiebre que presidió á la de ferro-carriles, lo que no ha sucedido ya, aparte de las circunstancias que atravesamos, por la desconfianza que nace para los capitales de no existir datos seguros sobre que fundar negocio alguno, pues por lo demás la ley de pantanos y canales de riego de 1870 ofrece un incentivo poderoso para aquellas empresas, por las importantes subvenciones que concede siempre que la extensión regable exceda de 200 hectáreas.

Y esta es ocasión de observar que hasta ahora las empresas de canales de riego en nuestro país no han dado resultado alguno satisfactorio, fenómeno económico cuyas causas serán tal vez muy complejas, pero que conviene investigar, porque si ha habido errores en la constitución de aquellas sociedades, deben corregirse para no ahogar al nacer el más poderoso elemento de riqueza de nuestro país.

Los reducidos límites de un artículo no consienten sino indicaciones generales; pero debemos apuntar que en principio la construcción de los canales de riego corresponde ó al Estado ó á los regantes bajo la forma de una sociedad en comandita, pero nunca á una sociedad anónima. Cuando el canal de riego ha de llevar la vida á una extensa comarca del territorio y la grandiosidad de la empresa y la multitud y tal vez diversidad de intereses impiden la iniciativa particular, entonces es el Estado quien debe realizar aquella mejora, que si no le proporciona recompensa directa á los capitales empleados, obtiene el aumento y prosperidad de una extensa parte del país, y de todos modos satisface á una necesidad moral de sus gobernados del mismo orden que la que le hace construir un faro ó artillar una fortaleza. Ejemplo de esto son, en nuestro país, los canales Imperial y de Castilla, construidos por el Estado, y los de Urgel y Tamarite de Litera, que á pesar de la decidida protección y ayuda de aquél, arrastran una vida llena de dificultades en manos de las Empresas á que pertenecen; pudiendo citar en el extranjero: el canal del Languedoc, en Francia; el de Cavour, el más grandioso construido en el mundo, en Italia, y los canales de la Jumna, en la India; todos ellos construidos por las naciones respectivas en total ó en su mayor parte.

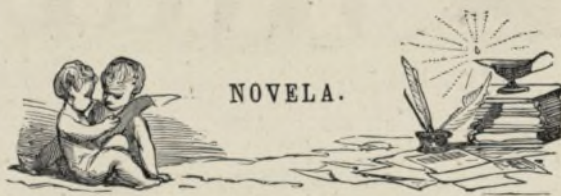
En contraposición á las extensas comarcas citadas, existen en nuestro país otras limitadas, donde la necesidad, con ser de primer orden, no es de una importancia tan general como en el primer caso, y en estas circunstancias creemos que la construcción del canal de riego que les hace falta, como la del camino que necesiten y la del ferro-carril que les convenga, es de la asociación interesada, del conjunto de propietarios. Ahora bien, el espíritu de asociación que en los Estados-Unidos levanta ciudades, crea puertos y tiende millares de kilómetros de vía, no está desarrollado ni aún se concibe en nuestro país, y de aquí la ingerencia de las sociedades anónimas, que monopolizando los intereses primordiales del país, han querido ser dispensadoras de la utilidad y árbitros de los riegos, cuando lo indicado lógicamente en este asunto es la intervención y administración directa de la empresa por los interesados, como se verifica en las admirables Ordenanzas de riego de la Huerta de Valencia, que aún en el siglo XIX pueden en su esencia servir de perfecto modelo.

La consecuencia inmediata de la formación de sociedades en comandita sería una asignación racional al precio del agua, verdadero escollo en el que se han estrellado las empresas de riego en nuestro país, aún más que en las dificultades relativas á la parte técnica, porque no debe olvidarse que el agua para los riegos no consiente sino precios moderados, porque obteniéndose de balde ó á un precio ínfimo en algunas comarcas privilegiadas, no podrían de otro modo sostener la competencia en el mercado los frutos de unas y otras tierras. Para llenar esta condición, esencial á nuestro juicio si se han de aclimatar los canales de riego en este país, ninguna entidad se encontraría en mejores condiciones que la sociedad comanditaria, que disfrutando directamente de los beneficios, no habría de especular con la mercancía agua, bastándole el poder considerar descompuesto el canon en dos partes que representasen: una el interés de los

gastos de construcción, y la otra los gastos de conservación, ni más ni menos que se verifica en Valencia, en donde cada regante abona un tanto fijo, la *tasa*, que es de unos 15 rs., y otra cuota variable que suele ser de otros 15 rs., llamada el *cequiaje* y que representa los gastos de la monda y conservación de las acequias.

Vemos, pues, cuántas y qué graves son las cuestiones relacionadas con el fomento de nuestros canales de riego que han de estudiarse y que es imposible apuntar siquiera en un trabajo de esta índole, so pena de hacerlo demasiado largo; pero de todos modos, es indudable que el estudio concienzudo y bajo el punto de vista utilitario de nuestros rios; los beneficios de la ley ya citada de 1870, y la propaganda de los conocimientos de Agricultura, que, sacándola del estado de ocupación rutinaria que hoy tiene, la eleven al de verdadera ciencia que debe tener, harán nacer lógicamente la asociación ó sociedad comanditaria que, afrontando la construcción de nuestro sistema de canales, lleven el bienestar á muchas comarcas de nuestro país, elevando la importancia y prosperidad de España al nivel que le corresponde.

E. P.



EL COMENDADOR MENDOZA.

X.

Las resoluciones de doña Blanca Roldan eran irrevocables y efectivas. Ella sabía darles cumplimiento con calma persistente.

Una mañana, después de oír misa con D. Valentin, estuvo doña Blanca á visitar á doña Antonia y á felicitarla por la venida de su cuñado; y fué con tal tino, que no se hallaba el Comendador en casa.

Ni ántes ni después de esta visita se dejaron ver doña Blanca y D. Valentin de sus vecinos y amigos. Retirados siempre en el fondo del antiguo caseron en que vivían, y pretextando enfermedades, no recibían visitas, á pesar de lo difícil y odioso que es negarse á recibir, estando en casa, cuando se vive en un pueblo pequeño.

En balde intentó repetidas veces Lucía sacar á paseo á Clara. Siempre que envió recado, le contestaron que Clara estaba mal de salud ó muy ocupada y que le era imposible salir.

Lucía fué ella misma á ver á Clara, y sólo dos veces pudo verla, pero en presencia de su madre.

Estas pruebas de retraimiento y hasta de desvío estaban suavizadas por una extremada cortesía de parte de doña Blanca; aunque bien se dejaba conocer que si esta señora ponía de su parte cuantos medios le sugeria su urbanidad á fin de no dar motivo de agravio, prefería agraviar, si por agraviado se daba á alguien, á cejar un punto en su propósito.

Fuera del día en que visitó á doña Antonia, no ponía doña Blanca los pies en la calle sino de madrugada, para ir á la iglesia, á misa y demás devociones. Don Valentin la acompañaba casi siempre, como un lego ó doctrino humilde, y Clara la acompañaba siempre, sin osar apenas levantar los ojos del suelo.

Lucía, cavilando sobre las causas de aquella poco ménos que completa ruptura de relaciones, llegó á temer que doña Blanca hubiese averiguado los amores de Clara con D. Carlos de Atienza, la presencia de éste en la ciudad y la entrada y protección con que contaba en su casa.

Doña Clara no hablaba á solas ni escribía á su amiga: por los criados nada podía averiguarse, porque los de doña Blanca eran forasteros casi todos, y ó no tenían confianza en la casa, ó hacían una vida devota y apartada, imitando y complaciendo así á sus amos.

Sólo podía afirmarse que la única persona que entraba de visita en casa de D. Valentin era su cercano pariente D. Casimiro.

De esta suerte se pasaron diez días, que á don Carlos, á Lucía y al Comendador parecieron diez siglos, cuando al anochecer, en una hermosa tar-

de, el Comendador estaba en el patio de la casa solo con su sobrina. Esta traía con su tío una conversación muy animada, mostrándole las plantas y las flores que en arriates y en multitud de tiestos adornaban aquel patio, contiguo, como ya hemos dicho, al de la casa de D. Valentin. Salvando el muro divisorio, la voz de ambos interlocutores podía llegar al patio inmediato. La voz llegó, en efecto, porque en medio de la conversación sintieron Lucía y el Comendador el ruido de un pequeño objeto pesado que caía á sus pies. Lucía se bajó con prontitud á recogerle, y no bien le tuvo en la mano, dijo á su tío toda alborozada y en voz baja:

—Es una carta de Clarita. ¡Qué buena es! Me quiere de veras. Menester es conocerla como yo la conozco, para estimar lo que vale esta fineza de su amistad. ¡Burlar por mí la vigilancia de su madre! ¡Escribirme furtivamente! Calle V..... tío.... si parece imposible. Por mí, esa infeliz, que es una santa, ha faltado á su deber de obediencia filial! ¿Y cómo, dónde, á qué hora habrá podido escribirme? Vamos..... si le digo á V. que es un millagro de cariño. Y la picarita ¿con qué angustia habrá estado espiando la ocasión de echarme la carta, segura de que yo la recogería? ¡Benditas sean sus manos!

Y diciendo esto, había desatado el papel de la china en que venía liado con un hilo, y se diría que quería comérsele á besos.

—Vén á leer esa carta, dijo el Comendador, donde haya luz y donde no vengán á interrumpirnos. En el despacho no hay nadie y ahora acaban de encender el velon. Vén, que es ya de noche y aquí no verás.

Lucía fué al despacho con su tío, y con acento conmovido, casi al oído del Comendador, leyó lo siguiente:

«Mi querida Lucía: De sobra conoces tú lo mucho que te quiero. Considera, pues, cuánto me afligirá verte tan poco y no poder hablarte. Mi madre lo exige, y una buena hija debe complacer á su madre. No creas que mi madre ha sospechado nada de mis desenvolturas con D. Carlos de Atienza. Me echo á temblar al representarme en la mente que hubiera podido sospecharlo. Nadie sabe, más que tú, el Comendador y yo, que D. Carlos me pretende: pero Dios sabe mi pecado, del que estoy arrepentida. Ha sido enorme perversidad en mí dar alas á ese galán con miradas dulces y profanas sonrisas..... casi involuntarias..... te lo juro. No por eso me pesan ménos en la conciencia. Algo he hecho yo, ó arrastrada por mi maldad nativa, ó seducida por el enemigo común de nuestro linaje, para alborotar á ese mozo, hacerle abandonar su Universidad y sus estudios y moverle á venir aquí en persecución mía. En medio de todo, harto tengo que agradecer á Jesus y á María Santísima, que se apiadan de mí, á pesar de lo indigna que soy, y disponen que no se solemnice mi falta con el escándalo. Favor sobrenatural del cielo es sin duda el que siga oculto el móvil que ha impulsado á D. Carlos á venir aquí. La gente cree que vino y está aquí por tí. ¡Cuánto debo agradecerte que cargues con esta culpa! Si yo no hubiera sido atrevida, si yo no hubiera animado á D. Carlos, si yo hubiera tenido la severidad y el recato convenientes, no me vería ahora en tan amargo trance. ¡Ay, mi querida Lucía! El corazón humano es un abismo de iniquidad..... y de contradicciones. Quieres creer que, si por un lado me desespero de haber dado ocasión para que D. Carlos haya venido persiguiéndome, por otro lado me lisonjea, me encanta que haya venido, y advierto que si no hubiera venido sería yo más desgraciada! En medio de todo..... no lo dudes..... yo soy muy mala. Estoy avergonzada de mi hipocresía. Estoy engañando á mi madre, que es tan perspicaz. Mi madre me juzga demasiado buena..... y vela por mí, como el avaro por su tesoro, cuando el tesoro está ya perdido. No acierto á decírtelo para que no te enojés, y no obstante, quiero decírtelo. No cumpliría con un deber de conciencia si no te lo dijese. La causa de que mi madre me aparte de tí es tu tío. A mí me pareció un caballero muy fino y bueno: pero mi madre asegura, ¡qué horror! que no cree en Dios. ¿Es posible ¡hija mía! que hiera el demonio con tan abominable ceguedad los ojos de algunas almas? ¿Se comprende que la copia, la imagen, la semejanza, renieguen del original divino que les

presta el único valor y noble sér que tienen? Si ello es cierto, si el Comendador está obcecado en sus impiedades, ármate de prudencia y pide al cielo que te salve. Procura también traer á tu tío al buen camino. Tú tienes extraordinario despejo y dón de expresarte con primor y entusiasmo. El Altísimo, además, se vale á menudo de los débiles para sus grandes victorias. Acuérdate de David mancebo, que era un pastorcillo sin fuerzas y venció y derribó al gigante en el valle del Terebinto. ¿Cuántas hermanas, hijas, madres y esposas, no han logrado convencer á sus descarriados maridos, hermanos, hijos ó padres? A gloria parecida debes aspirar tú, y Dios te premiará y te dará brío para alcanzarla. En cuanto á mí, aún siendo tan niña, soy una miserable pecadora, y bastante tarea tengo con llorar mis locuras y apaciguar la tempestad de encontrados sentimientos que me destrozaban el pecho. Dame la última y mayor prueba de amistad. Persuade á D. Carlos de que no le amo. Dile que se vuelva á Sevilla y me deje. Convéncele de que soy fea, de que gusto de D. Casimiro, de que mi ingratitud hacia él merece su desprecio. Yo debiera haberle hablado en este sentido: pero soy tan débil y tan tonta, que no hubiera atinado á decirselo, y tal vez le hubiera inducido estúpidamente á que creyese todo lo contrario. Por amor de Dios, Lucía de mi alma, despidete por mí á D. Carlos. Yo no puedo, no debo ser suya. Que se vaya: que no disguste por mí á sus padres: que no pierda sus estudios: que no motive un escándalo cuando se sepa que vino por mí y que yo soy una malvada, provocativa, seductora, quién sabe..... Adios. Estoy apuradísima. No tengo á nadie á quien confiar mis cosas, con quien desahogar mis penas, á quien pedir consejo y remedio. Espero con ansia la llegada del Padre Jacinto, que es el oráculo de esta casa. Sé que lo que yo le diga caerá como en un pozo, y que sus consejos son sanos. Es el único hombre que tiene algún imperio sobre mi madre. ¿Cuándo vendrá de Villabermaja? Adios, repito, y ama y compadece á tu Clara.»

XI.

Esta carta inocente, tan propia de una niña de diez y seis años, discreta y educada con devoción y recogimiento, gustó mucho al Comendador; pero también le dió no poco que pensar. No entraríamos nosotros en el fondo de su alma á escudriñar sus pensamientos, y nos limitaríamos á decir que tomó tres resoluciones, de resultados de aquella lectura.

Fué la primera buscar modo de ver y de hablar á la severísima doña Blanca: la segunda, sondear bien el ánimo de D. Carlos para conocer hasta qué punto amaba de veras á la niña y merecía su amor: y la tercera, tratar con el Padre Jacinto y proporcionarse en él un aliado para la guerra que tal vez tendría que declarar á la madre de Clarita.

A fin de conseguir lo primero, en vez de escribir pidiendo una audiencia, que con cualquiera pretexto y muy políticamente se le hubiera negado, discurrió D. Fadrique levantarse al día siguiente de madrugada, aguardar en la calle á doña Blanca cuando ella saliese para acudir á la iglesia, é ir derecho á hablarle, sin miedo alguno.

Así lo hizo el Comendador. Doña Blanca, antes de las seis, apareció en la calle con Clarita y don Valentín. Iban á misa á la iglesia Mayor. Apenas los vio salir D. Fadrique, se acercó muy determinado, y saludando cortesmente, con sombrero en mano, dijo:

— Beso á V. los piés, mi señora doña Blanca. Dichosos los ojos que logran ver á V. y á su familia. Buenos días, amigo D. Valentín. Clarita, buenos días.

Don Valentín, al oírse llamar amigo tan blandamente y por una voz conocida y simpática, no se pudo contener; no reflexionó, se dejó llevar del primer ímpetu cariñoso y se fué hacia D. Fadrique con los brazos abiertos. Por dicha, no obstante, D. Valentín tenía la inveterada costumbre de no hacer la menor cosa, sin mirar antes á su mujer para notar la cara que ponía y si le retraía de consumir ó le alentaba á que consumiese su conato de acción. A pesar, pues, de lo entusiasmado que iba á abrazar á D. Fadrique, el instinto le indujo á que mecánicamente volviera la cara hacia doña Blanca, antes de llegarse á dar el abrazo. Indescriptible es lo que vio entonces en los fulminantes

ojos de su mujer. Casi no se puede describir el efecto que le produjo aquella mirada. Creyó don Valentín leer en ella el más profundo desden, como si le acusase de una humillación estólida, de una bajeza infame; y creyó ver, al mismo tiempo, la ira y la prohibición imperiosa de que llevase á cabo lo que se había lanzado á ejecutar. El terror sobrecogió de tal suerte el ánimo de D. Valentín, que se paró, se quedó inmóvil de súbito, como si se hubiera convertido en piedra. Sólo con voz apagada y apenas perceptible exhaló, por último, como lánguido suspiro, un

— Buenos días, Sr. D. Fadrique.

— Buenos días; dijo también Clara, no con más aliento que su padre.

Doña Blanca miró de piés á cabeza al Comendador, y con reposo y suave acento, sin alterarse ni descomponerse en lo más mínimo, le habló de esta manera:

— Caballero: Dios, que es infinitamente misericordioso, tenga á V. en su santa guarda. No por amor suyo, de que V. carece, sino por el mundano honor de que V. se jacta y por los respetos y consideraciones que todo hombre bien nacido debe á las damas, ruego á V. que no nos distraiga del camino que llevamos, ni perturbe nuestra vida retirada y devota.

Y dicho esto, hizo doña Blanca al Comendador una ceremoniosa y fría reverencia, y echó á andar con sosegada gravedad, siguiéndola D. Valentín y llevándolo delante á Clara.

Don Fadrique pagó la reverencia con otra: se quedó algo atolondrado, y dijo entre dientes:

— Está visto: es menester acudir á otros medios.

No bien la familia de Solís se hubo alejado treinta pasos del Comendador, vió éste que doña Blanca se volvía á hablar con su marido.

Es evidente que el Comendador no oyó lo que le decía: pero el novelista todo lo sabe y todo lo oye. Doña Blanca, que trataba siempre de usted y con el mayor cumplimento á su señor marido, cuando le echaba un sermón ó reprimenda, le habló así, mientras Clara iba delante:

— Mil veces se lo tengo dicho á V., señor don Valentín. Ese hombre, que V. se empeñó en introducir en casa, allá en Lima, es un libertino, impío y grosero. Su trato, ya que no inficione, mancha ó puede manchar la acrisolada reputación de cualquiera señora. Yo tuve necesidad poco menos que de echarle de casa. Motivos hubo, en su falta de miramientos y hasta de respeto, para que en otras edades bárbaras, olvidando la ley divina, alguien le hubiera dado una severa lección, como solían darlas los caballeros. Esto no había de ser: era imposible..... Nada que más repugne á mi conciencia: nada más contrario á mis principios: pero, hay un justo medio..... Delito es matar á quien ha ofendido..... pero es vileza abrazarle. Señor don Valentín, V. no tiene sangre en las venas.

Todo esto lo fué soltando, despacio y bajo, casi en el oído de D. Valentín, su tremenda esposa doña Blanca.

Fueron tan duras y crueles las últimas frases, que D. Valentín estuvo á punto de alzar bandera de rebelión, armar en la calle la de Dios es Cristo y contestar á su mujer lo que merecía: pero el olor de mil flores regalaba el olfato; la gente pasaba con alegre aspecto; el día estaba hermosísimo, la paz reinaba en el cielo; un fresco vientecillo primaveral oreaba y calmaba las sienes más ardorosas; la familia de Solís iba al incruento sacrificio de la misa: Clara marchaba delante tan linda y tan serena; ¿cómo turbar todo aquello con una disputa horrible? Don Valentín apretó los puños y se limitó á exclamar con acento un si es no es colérico:

— ¡Señora!.....

Luégo añadió para sí, cuidando mucho de que no lo oyese doña Blanca:

— ¡Maldita sea mi suerte!

Y no bien lanzada la exclamación, se asustó don Valentín de la blasfemia rebeldía contra la Providencia que su exclamación implicaba, y se tuvo un instante por primo hermano del propio Luzbel.

Como se ve, el éxito del Comendador en este primer intento de reanudar relaciones amistosas con la familia de Solís, no pudo ser más desgraciado.

XII.

No se arredró por eso nuestro héroe.

Aguardó un rato en medio de la calle á fin de que no pudiese decir ni pensar doña Blanca que él la seguía, y al cabo se fué á la Iglesia Mayor, á donde sabía que la familia de Solís se había encaminado.

Don Fadrique no iba allí, sin embargo, con el intento de acercarse á doña Blanca otra vez y de sufrir nueva repulsa, sino á fin de hallar á D. Carlos, quien, á su parecer, no podía menos de estar en la Iglesia, ya que no había otro medio de ver á Clara.

En efecto, D. Fadrique entró en la Iglesia y se puso á buscar al poeta, á la sombra de los pilares y en los sitios donde menos se nota la presencia de alguien. Pronto le halló, detrás de un pilar y no lejos del altar mayor. Parecía D. Carlos tan embebecido en sus oraciones ó en sus pensamientos, que nada del mundo exterior, salvo Clara, podía distraerle ni llamarle la atención.

Llegó, pues, D. Fadrique hasta ponerse á su lado. Entonces advirtió que Clara estaba no muy lejos, de rodillas, al lado de su madre, que don Carlos la miraba, y que ella, si bien fijos casi siempre los ojos en su libro de rezos, los alzaba de vez en cuando rápidamente, y miraba, con sobresalto y ternura hacia donde estaba el galán, declarando así que le veía, que se alegraba de verle, y que tenía miedo y cierto terror de profanar el templo y de pecar gravemente, engañando á su madre y alentando á aquel hombre, de quien decía que no podía ser esposa.

No ha de extrañarse que todo esto se viera en las miradas de Clarita. Eran miradas transparentes, en cuyo fondo fulguraba el alma como diamante purísimo que por maravilla ardiese con luz propia en el seno de un mar tranquilo.

El Comendador estuvo un rato observando aquella escena muda, y se convenció de que ni doña Blanca ni D. Valentín recelaban nada de los amores de la niña. Calculó, no obstante, que su presencia allí podría atraer hacia él la mirada de doña Blanca, excitar de nuevo su ira, hacerle reparar en el gentil mancebo que estaba á su lado y darle á sospechar lo que no había sospechado todavía.

Entonces, si bien con pena de interrumpir aquellos arrobos y éxtasis contemplativos, tocó en el hombro á D. Carlos y le dijo casi á la oreja:

— Perdóneme V. que le distraiga de sus devociones y que turbe la visión beatífica de que sin duda goza: pero me urge hablar con V. Hágame el favor de venir conmigo, que tengo que hablarle de cosas que le importan muchísimo.

Sin aguardar respuesta echó á andar D. Fadrique, y D. Carlos, si bien con disgusto, no pudo menos de seguir sus pasos.

Ya fuera de la iglesia, salió D. Fadrique al campo; D. Carlos fué en pos de él; y cuando se hallaron en sitio solitario, donde nadie podía oírlos ni interrumpir la conversacion, D. Fadrique se explicó en estos términos:

— Vuelvo á pedir á V. perdón de mi atrevimiento en obligarle á abandonar la iglesia, y más aún en mezclarme en asuntos de V. sin título bastante para ello. Apenas conozco á V. Esta es la sétima ó la octava vez que le hablo. A Clarita la he visto hoy por segunda vez en mi vida. Sin embargo, el bien de Clarita y el de V. me interesan mucho. Atribúyalo V. á un absurdo sentimentalismo; al afecto que profeso á mi sobrina Lucía, que llega á VV. de rechazo: á lo que V. quiera. Lo que le ruego es que me crea un hombre leal y franco y no dude de mi buena voluntad y mejores propósitos. Quiero y puedo hacer mucho en favor de V. En cambio aspiro á que oiga V. mis consejos y á que los siga.

Don Carlos oyó al Comendador atentamente y con muestras de respeto y deferencia. Luégo le contestó:

— Señor don Fadrique, por V. y por ser V. el tío de la señorita doña Lucía, tan bondadosa y excelente, estoy dispuesto á oír á V. y hasta á obedecerle, en cuanto esté de mi parte, sin considerar el provecho que por mi obediencia V. me promete.

— No me he explicado bien, replicó D. Fadrique. Yo no prometí premios en pago de obediencia: lo que quiero significar es que de seguir usted

ciertos consejos míos se ha de alcanzar naturalmente lo que de otra suerte se malogrará acaso con gran pesar de todos.

—Aclare V. su pensamiento; dijo D. Carlos.

—Quiero decir, prosiguió D. Fadrique, que este modo que tiene V. de enamorar á Clarita no va, días hace, por buen camino. Hasta ahora nadie sospecha en esta pequeña ciudad sus amores de usted, gracias á mi sobrina. Como ella estuvo, dos meses há, en Sevilla, donde V. la conoció, y usted ha venido luego aquí, y V. va á su casa de tertulia todas las noches, y habla V. mucho con ella, y no pocas veces en secreto; y como mi sobrina es jóven y graciosa y linda, si el amor de tío no me engaña, todos creen que ha venido V. por ella, que V. la enamora, que V. es su novio. ¿Quién había de imaginar que chica tan mona y en tan verdes años se limitaría á hacer el triste y poco airoso papel de confidente? Por esto, pues, se desorientan los curiosos, y sus amores de V. siguen secretos: pero Lucía lo paga. Confíese V. que es mucha generosidad.

—Yo..... Señor don Fadrique.....

—No se disculpe usted. No hablo de ello para que usted se disculpe, sino para narrar los sucesos como son en sí. En este lugar creen todos que V. ha venido, abandonando á sus padres, su casa y sus estudios, para pretender á Lucía: pero este engaño no puede durar. Imagine V. el alboroto, los chismes, las hablillas á que dará V. ocasion y motivo el día en que se sepa, como no podrá menos de saberse, que V. pretende á Clarita, á quien todos creen ya prometida esposa de D. Casimiro Solís.

—Eso no será nunca mientras yo viva: exclamó D. Carlos con grandes bríos.

—Tratemos de impedirlo, continuó con calma don Fadrique. Yo le ayudaré á V. cuanto pueda, y repito que algo puedo: pero toda la energía de usted y toda la prudencia que yo emplee serán inútiles, si desoye V. mis advertencias y consejos.

—Ya he dicho á V. que deseo seguirlos.

—Pues bien, amigo D. Carlos, es menester que usted se persuada de que Clarita, de cuyo amor hácia V. estoy convencido, está criada con tan santo temor de Dios y con tan grande, y hasta si usted quiere exagerado é irracional respeto á su madre, que por obedecerla, por no darle un disgusto, por no rebelarse, será capaz de casarse con D. Casimiro, aunque se muera de amor por V. al día siguiente de casada, aunque su vestido de boda sea la mortaja con que la entierren.

—Pero si Clara dice á su madre que no ama á don Casimiro.....

—Clara no se atreverá á decirlo.

—Si declara á su madre que me ama.....

—Antes morirá que confesar á su madre ese amor.

—Y si tanto miedo tiene á su madre, ¿no podrá huir conmigo?

—No creo que dé jamas tan mal paso. De todos modos, aunque tan mal paso fuese posible, no se debía apelar á él sino apurados ántes otros medios más prudentes y juiciosos. Reitero, con todo, mi afirmación. Creo capaz á Clarita de morir de dolor; pero no la creo capaz de prestarse al escándalo de un rapto.

—Entonces, ¿qué quiere V. que yo haga?

—Lo primero, volver á Sevilla con sus señores padres, y dejar á doña Clara tranquila con los suyos.

—Bien se conoce que V. no ama. A su edad de usted.....

—Dale..... con la tontería..... Caballerito poeta..... yo no soy ni viejo ni rabadan..... ni me parezco en nada al del idilio. Váyase V. á Sevilla hoy mismo. Salga V. de esta ciudad ántes de que doña Blanca se percate de que hay moros en la costa. Yo velaré aquí por los intereses de usted. Y si peligran, si es menester apelar á medios violentos, cuente V. también conmigo..... hasta para el rapto. A poco me aventuro prometiéndoselo á usted, porque doy por firme que no se dejará robar Clarita.

—¿Y por qué, para qué he de irme á Sevilla?

—¿Pues no se lo he dicho á V. ya? Porque aquí no hace V. sino perjudicarse, sin gusto y sin ventaja. Estoy seguro que no logrará V. más que ver á Clara en la iglesia, con más angustia que deleite por parte de la pobre muchacha. Y esto

miéntras doña Blanca no descubra nada. El día en que descubra doña Blanca su juego de V., será para Clarita un día tremendo y V. no volverá á verla. Váyase V., pues, á Sevilla.

—¿Y qué ganaré con irme?

—Que yo trabaje con tranquilidad en favor de usted. Usted me estorba para mis planes. Si V. se queda, precipitará la boda de D. Casimiro y hará que se envíe á escape por la licencia á Roma. Si usted se va, no afirmo yo que evitaré la boda de Clara con el viejo rabadan y conseguiré que sea para Mirtilo; pero, ó yo he de valer poco, ó he de lograr que se nos dé tiempo y..... quien sabe..... Nada prometo. Sólo ruego á V. que se vaya. Váyase V. hoy mismo.

El interés que el Comendador le mostraba, su empeño de que se fuese, la decisión con que se entrometía en sus asuntos, todo chocaba á D. Carlos y le tenía desconfiado y descontento.

El Comendador apuró todas las razones, empleó todos los tonos, pero singularmente el de la súplica; D. Carlos le contestó varias veces de mal humor, y fué menester la prudente superioridad del Comendador para calmar y contener á D. Carlos y evitar que llegase á ofender á quien le aconsejaba y casi le mandaba.

Por último, tanto rogó, prometió y dijo D. Fadrique, que D. Carlos hubo de someterse y salir aquel mismo día para Sevilla, si bien ofreciendo sólo ausencia de poco más de un mes: hasta que llegasen las vacaciones de verano. En cambio exigió y obtuvo de D. Fadrique que le había de escribir dándole noticias de Clara, y avisándole del menor peligro que hubiese, para volar en seguida donde estaba ella.

Don Carlos, aunque no era tímido ni torpe, no había obtenido jamas que Clara recibiese carta suya, y ménos aún que le escribiese. Pero ¿qué mucho, si ni siquiera de palabra Clara le había dado á entender que le amaba? Clara le amaba, sin embargo. Bien sabía el galán que era falso, de puro modesto, aquello de que

..... Amistosa y compasiva,
Quiere que el zagal viva,
Mas amarle no quiere.

Clara le amaba, y á su despecho, contra su voluntad, había declarado su amor; pero sólo con los ojos, por donde se le iba el alma en busca del bizarro y gracioso estudiante, sin que todos sus escrúpulos religiosos y filiales fuesen bastante poderosos para detenerla.

Don Fadrique pudo convencerse, en el largo coloquio que tuvo con D. Carlos, de que su pasión por Clara era verdadera y profunda. Del amor de Clara por el poeta rondeño estaba más convencido aún. Con este doble convencimiento, de que se alegraba, precipitó más la partida de D. Carlos, y ántes de mediodía consiguió que saliese del pueblo con dirección á Sevilla.

Don Carlos salió á caballo con un su criado; y don Fadrique, á caballo también, se unió con él en el ejido, y le acompañó más de una legua, dándole esperanzas y hablándole de sus amores. Al llegar á una encrucijada, D. Fadrique se despidió cariñosamente del jóven, y tomó el camino de Villabermeja con el intento de conferenciar con el padre Jacinto.

La sencillez y la modestia de este santo varón no habían dejado ver á D. Fadrique la inmensa importancia que durante su larga ausencia había adquirido.

Como predicador, gozaba el Padre de extraordinaria nombradía por toda aquella comarca. Era igualmente celebrado por los tres estilos que tenía de predicar. En el estilo llano ó de homilía encantaba á la gente rústica y ponía la religión y la moral á su alcance, amenizando tan graves lecciones con chistes y jocosidades, que un severo crítico condenaría, pero que eran muy del caso para que los zafios campesinos se aficionasen á oírle y se deleitasen oyéndole. En sermones de empeño, en días de gran función, el Padre Jacinto era otro hombre; echaba muchos latines, ahuecaba la voz y esmaltaba su discurso de un jardín de flores, de un verdadero matorral de adornos exuberantes, que también gustaban á los discretos y finos de aquellos lugares. Y tenía, por último, el estilo patético de la Semana de Pasión y de la Semana Santa, durante las cuales los sermones, más

que hablados, eran en Villabermeja, y siguen siendo aún, cantados, sin que gusten de otra manera. Sermon de Semana Santa, sin lo que llaman allí el *tonillo*, no gusta á nadie ni se tiene por sermón. Cuando en el día va á Villabermeja un cura forastero, tiene que aprender el *tonillo*. En este *tonillo* fué el Padre Jacinto un dechado de perfección, que nadie ha superado hasta ahora. Al oírle, aunque sea reminiscencia gentilica, dicen que se comprendía cómo Cayo Graco se hacía acompañar por un flautista cuando pronunciaba en el Foro sus más apasionadas arengas. El Padre Jacinto predicaba también en el Foro, ó dígame en medio de la plaza pública, durante la Semana Santa. Allí se hacían todos los pasos á lo vivo, y el Padre los explicaba en el sermón conforme iban ocurriendo. Así, había sermón que duraba tres horas y siempre sin dejar el *tonillo*, lo cual no obstaba para que el Padre expresase los más varios afectos, como piedad, dolor y cólera. Cuando aparecía el pregonero en el balcón de las Casas Consistoriales y leía la sentencia de muerte contra Jesucristo, ha quedado en la memoria de los bermejinos el furor con que el Padre se volvía contra él, gritando:

«Calla, falso, ruin, necio y miserable pregonero, y oírás la voz del ángel que dice:»

Y entónces salía un ángel muy vistoso por otro balcón de la plaza, y cantaba el inefable misterio de la Redención, empezando:

«Esta es la sentencia que manda cumplir el Eterno Padre.....» y lo demás que tantas veces hemos oído los que somos de por allí.

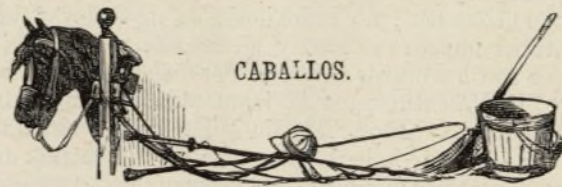
Pero, volviendo al Padre Jacinto, diré que su mérito como predicador, era quizás lo de ménos. Su gran valer fué como director espiritual. Se pasaba horas y horas en el confesonario. Desde el convento bermejino tenía con frecuencia que ir al convento de la ciudad cercana, donde tenía no pocas hijas de confesión entre el señorío. Era además hombre de consejo y tino en los negocios mundanos, y acudían todos á consultarle cuando se hallaban en tribulación, apuro ó dificultad. En suma, el Padre Jacinto era un gran médico de almas, aunque duro y feroz á veces en los remedios. Gustaba de aplicarlos heroicos, como suelen hacer los demás médicos de los lugares, que tal vez recetan á un hombre el medicamento que convendría recetar á un caballo. A pesar de esto, tenía el Padre tal autoridad y discreción; era tan ameno en su trato y tan resuelto valedor y defensor de las mujeres, que gozaba de inmensa popularidad entre ellas, y era fervorosamente reverenciado, así de las jornaleras humildes, como de las encopetadas hidalgas.

Aunque tocaba en los setenta años, estaba firme y robusto aún, si bien había perdido ciertos ímpetus juveniles, que le habían hecho famoso, llevándole en ocasiones á imitar al Divino Redentor, más que en la mansedumbre, en aquel arranque que tuvo cuando hizo azote de unos cordeles y echó á latigazos á los mercaderes del templo. El Padre Jacinto había sido un jayán y había sacudido el polvo á algunos desalmados y pecadores contumaces, sobre todo cuando eran maridos que se emborrachaban, gastaban el dinero en vino y juego y daban palizas á sus mujeres.

Contra esta clase de hombres había sido duro de véras el Padre Jacinto. Ya no tenía aquellos arrestos de la mocedad; pero su virtud y su fuerza moral, unida al recuerdo de la física, infundían gran respeto entre los rústicos.

Tales eran las calidades principales y la brillante posición del antiguo maestro del Comendador, con quien éste iba ahora á consultar y tratar negocios árdulos, y de quien esperaba obtener poderoso auxilio.

J. VALERA.



Sr. Director de EL CAMPO.

Muy señor mío: bajo el peso de la más dolorosa impresión recibí el primer número de su apreciable periódico, cuyo título es por sí una garantía

para todo el que abrigue el convencimiento de que el campo es, muy principalmente, el origen de nuestra riqueza en un país en donde todo, ó casi todo, se debe á la Agricultura y la Ganadería, su poderoso auxiliar. Salud á EL CAMPO, á quien todos debemos desear muy larga vida en el estadio de la prensa.

La cria caballar llama en primer término la atención de EL CAMPO y la dedica su primer artículo lleno de curiosos datos, y su ilustrado autor, Sr. Weil, se esfuerza para probar que en España no hay raza, y, para regenerar nuestros caballos, aconseja, lleno sin duda del mejor deseo, la cruce con caballo inglés de pura sangre, y como estímulo recomienda además las carreras que, hasta hoy, sólo produjeron, á mi juicio, la diversion de un día y el placer de ganar unas cuantas apuestas, y el natural dolor de perder otras tantas. Yo no pensaba tomar parte en este asunto, á pesar de su grandísima importancia, porque el pesar sólo inspira tedio y melancolía, no siendo, por consiguiente, el mejor inspirador en ocasiones como la que da origen á estas desaliñadas frases. Pero yo me considero en el sagrado deber de llamar la atención del Sr. Weil, autor del artículo á que me refiero, y de los ganaderos españoles, en circunstancias muy críticas, puesto que la primavera se aproxima, y de seguir el camino que en él se traza, se irrogaria un grave perjuicio á nuestra cria caballar sobre los que ya, y por desgracia nuestra, la hemos visto sufrir.

Quiero recordar al Sr. Weil que en España no es nueva la cruce del caballo pura sangre inglés con nuestras yeguas. Estos caballos, así como las carreras, fueron moda por algún tiempo, y nosotros la seguimos con inusitada ceguedad. Después apelamos á los árabes, y de aquéllos y de éstos, muchos ganaderos llevamos á efecto la cruce con la vehemencia propia de nuestro carácter. Trajimos yeguas pura sangre inglesas y árabes, y bien puede decirse que en este importante ramo de nuestra riqueza, casi, casi vinimos á quemar las naves. Nos creímos felices por algún tiempo, bastante por desgracia; pero al fin vino el desengaño que muchos devoraban, ó mejor dicho, devorábamos en silencio por no dar, como suele decirse, nuestro brazo á torcer: mas...

¡Desgracia horrible! Las ilusiones fueron desapareciendo, y los caballos y las yeguas árabes é ingleses destinados á la reproducción, y que con tanto afán habían adquirido Osuna, Bedmar, Perales y otros, fueron desapareciendo, y sólo algunos ganaderos de Andalucía y muy pocos de Madrid continuaron cruzando; pero no hace muchos días que ví á uno de estos señores, persona muy conocida en la Corte, y amigo á quien yo aprecio como justamente se merece, que en lo relativo á cruces se daba por muerto. Conviene tener presente que los caballos y yeguas que se hicieron venir de Inglaterra fueron de las mejores razas de aquel país, sobre todo las veinte y nueve yeguas que trajo el Marqués de Bedmar, entre las cuales se contaba á la famosa Doña Sol, y entre los caballos el magnífico Momo, hijo del Alibabá, que el Gobierno francés tenía en el depósito de Pau. Pero á pesar de esto la cruce no hizo, como ya hemos dicho, los prosélitos que de ella se esperaba. Sucedió todo lo contrario por desgracia nuestra.

Esto habla muy alto, como el entendido señor Weil comprende perfectamente, y sabe muy bien que cuando las cosas dan el resultado que este señor se promete de la cruce que aconseja, no se abandonan fácilmente, máxime habiendo empleado en ellas mucho tiempo y mucho dinero, perdidos por desdicha nuestra. ¡Tal vez una generación no será bastante para reparar el daño que nos hemos causado!

Yo creo bien que el caballo pura sangre inglés es bueno en Inglaterra, y lo será en otros países del Norte, y su cruce será también conveniente; pero para el clima español la experiencia ha demostrado que no es á propósito, si acaso, más que para correr y pasear y para tenerle en una cuadra régia, como una flor tropical en una estufa. Y no me detendré más sobre este punto, porque todos sabemos que á esos famosos caballos, en nuestro país, los abrasa el sol y se los comen las moscas. Y, por otra parte, el aire suave de un abanico es suficiente para producirles una fulminante pulmonía.

Pero el Sr. Weil en lo que cifra su esperanza es en el resultado de la cruce, que, como he probado, en España ha sido desastroso, y bien merece que le dediquemos un *vade retro* con el firme propósito de no volver á caer en semejante tentación.

Este fué un funesto golpe para nuestra raza de caballos y una de las causas que empezaron á producir su decadencia, que forzoso es confesar. La cruce fué un eficaz disolutorio, bajo cuya fatal influencia desaparecieron algunas yeguas, como por desgracia sucedió con la que por muchos años llamó, tal vez, la atención de Europa: con la yeguada de Aranjuez. ¿Quién no recuerda aquellos tiros de caballos negros, tordos, castaños y alazanes? ¿Quién olvidar podrá los Vargueños, los Garcitos, los Ayudantes y otros muchos cuyos nombres sería prolijo enumerar y eran nuestra gloria haciendo además nuestras delicias? No faltará quien recuerde aún el famoso caballo tordo que montó el Rey D. Fernando VII el día en que salió á recibir á su esposa la reina Doña María Cristina. Ocurrió esto en 1829: Yo contaba entonces muy pocos años, pero ya me llamaban la atención los buenos caballos, y no pude menos de admirar el tordo, cuyo nombre no recuerdo. Lo que sí sé es que llenaba la calle Mayor, así como los deseos de todos los buenos aficionados españoles y extranjeros. Entonces había en Caballerizas muy pocos ó ningún caballo que no fuese español y de la hermosa raza de Aranjuez, que desapareció, como se ha dicho, por efecto de las cruces, habiéndola acompañado algunas otras de gran importancia.

Esto lo sabemos todos, y si, no obstante, las intentáramos nuevamente, mereceríamos que nos cruzáran...

Pero aunque esto no hubiera sucedido, aunque las Reales Caballerizas estuvieran atestadas, como otras veces, de excelentes caballos españoles, nada tendria de particular que nuestro Rey D. Alfonso XII montara un caballo inglés. ¿No lo han hecho otros monarcas en caballos españoles? Y... ¿por qué no ha de haber en las Reales Caballerizas una muestra de todas las buenas razas de caballos hasta hoy conocidas? Esto podría servir de provechosa comparacion; pero de ninguna manera debe considerarse como una prueba de que en España no haya aún buenos caballos dignos de nuestro Monarca; y así como el Sr. Weil dice que el Rey de España monta un caballo inglés, yo puedo añadir sin temor de ser desmentido: D. Alfonso XII monta un caballo español.

Es indudable, y todos sabemos también que, después de lo anteriormente manifestado, los Gobiernos, comprendiendo la necesidad de fomentar nuestra cria caballar, establecieron la compra de potros por la Remonta. Esto dió un resultado admirable, tanto que á la vuelta de ocho ó diez años se multiplicaron los potros de un modo fabuloso. Yo conozco algún pueblo en donde la primera vez que la Remonta llevó sus potros, reseñó seis solamente, y la última pasaron de ochenta, no habiendo trascurrido más que diez años. Los ganaderos tocaron la gran diferencia que existía entre vender sus potros, en las ferias, á los valencianos que los recreaban pagándolos á 700 ú 800 reales, á cederlos al Gobierno, que, ciertamente, los apreciaba en mucho más; y se apresuraron á mejorar sus yeguas, deshaciéndose de lo malo y falto de alza da y adquiriendo buenos sementales, de modo que á la vuelta de no muchos años los potros aumentaron, si no en la proporción de 6 á 80, al menos de una manera considerable, como lo acreditarán los antecedentes que existen en la Direccion de Caballería.

Esto prueba que nuestro suelo y nuestro clima se prestan, de un modo prodigioso, á la cria de buenos caballos, como se prestó en otras épocas no remotas en que brillaban los famosos corceles andaluces, como los extremeños, los del Carpio, en la provincia de Castilla, y otros muchos cuya memoria existe aún. Se presta tanto, que hasta de las yeguas trashumantes salían ya caballos para el Ejército, y este número habria aumentado infinitamente porque eran y son muchas las yeguas de esta clase, y sus dueños las mejoraban con buenos sementales.

Mas á pesar de esta irrecusable prueba, cuando los ganaderos estaban más alentados, cuando se creían más felices, el Gobierno suspendió la compra de potros, y la ganadería yeguar descendió en

sus productos, con más rapidez que subió por el contrario procedimiento. Y esto se vió más claro que la luz del sol, y, sin embargo, el Gobierno no compraba, y las yeguas disminuían tanto más, cuanto que comprendiendo los labradores que el trillar con trillos era más económico que con yeguas, ya ni este aliciente contribuía para su conservación. Con esto coincidió la venta de las dehesas potriles, y todos sabemos el gran recurso que estas dehesas ofrecían á los ganaderos, pues no todos tenían las proporciones necesarias para separar sus potros de las yeguas á la edad conveniente; y la separación era indispensable, porque la Remonta sólo admitía los potros enteros, en lo cual no andaba muy acertada por cierto. La prueba es que hoy los recibe castrados.

Como se comprende, la ganadería yeguar española sufrió un segundo y terrible golpe, y se necesitaba mucha fe y mucha afición para seguir criando caballos á la vista de tales desengaños; un segundo golpe cuyas consecuencias hemos tocado por desgracia, pues á lo mejor nos hemos visto sin caballos, teniéndolos que buscar en el extranjero. Mas, á pesar de todo esto, algunos se criaban y se criaban, probándose así la afición y la fe de los españoles tratándose de este asunto.

Imposible parece que se pudiera hacer más contra la cria caballar en España, y, sin embargo, todavía se procuró darla, como suele decirse, el golpe de gracia; y se la hubiera dado, á ser posible, al acordar y llevar á efecto la compra de caballos extranjeros para la guerra, lo cual nunca debió verificarse, á mi entender, mientras existiera en España un solo caballo capaz de sufrir las fatigas consiguientes al objeto indicado. Decíase que no se presentaban los bastantes cuando el Gobierno abrió la compra en Madrid y en otros puntos; pero ¿cómo habían de presentarse cuando se fijó en 4.000 reales el máximo para el mejor caballo? Si el Gobierno los hubiera pagado por todo su valor, de fijo los encontrara, y no saldrían, ciertamente, más caros que los extranjeros. ¿Cuánto costó cada caballo de éstos al empezar su servicio? Yo no lo sé; pero no bajaría de 8.000 reales, y por este precio hubieran ido á la guerra, tal vez, los españoles necesarios. Pero aunque hubiera costado más, ¿no se quedaba al fin ese dinero entre los ganaderos españoles? Entre los ganaderos á quienes tanto cuesta criar un caballo; entre los ganaderos que en tanto contribuyen á levantar las cargas del Estado; y cuando llega un caso en que pudieran alcanzar alguna ventaja, se les olvida, por no decir otra cosa, y... A los ganaderos digo, porque aunque los caballos que el Gobierno comprara estuviesen á la sazón en manos de especuladores ó aficionados, esto siempre redundaría, como se comprende muy bien, en favor de los criadores.

Estas son las causas que indudablemente ocasionaron la decadencia de la cria caballar en España y, por si algo nos faltaba, la terrible sequía que desgraciadamente hemos experimentado por espacio de más de cuatro años, vino á coronar esta triste obra.

¡Mucho ha sufrido la ganadería yeguar con la falta, casi absoluta, de pastos en época tan duradera! Pero afortunadamente hemos visto conjurada esta terrible calamidad con la plantación de árboles, anunciada solamente en nuestro país. ¡Feliz idea, ante cuya mágica influencia huye la sequía y se disputan la vez negros y preñados nubarrones para descargar en nuestro sediento suelo, anegado hoy por doquiera como jamas sucedió! No faltaba quien buscara un dedo que tapara el agujero por donde soplaba constantemente el No-roeste, acreditado disipador de las nubes; pero... nada. Era la causa la falta de arbolado, y por cierto que no será ocioso el irse preparando para cuando se realicen las aconsejadas é indispensables plantaciones. Mayor eficacia no podría encontrarse ni aún en la purga de Benito.

Mas, á pesar de todo lo manifestado, que no es poco ciertamente, no podemos estar conformes en que en España no existe la famosa raza de sus antiguos y magníficos caballos. Está algo acabada, es verdad; pero aún nos quedan en las Andalucías y otras provincias caballos procedentes de las famosas razas de Arcos, Jerez, Montellano y Utrera, que si no proceden de la mejor yegua, entre las dos que hacían las delicias del rey Salomón, son buenos, á no dudar, y aún se ven muchos y muy

gallardos sin las cabezas acarneradas ni esa enorme tripa que formaría curioso contraste con la de que carecen muchos ingleses, ni ese cuello de cisne, *algo parecido por cierto al del ciervo*, ni la grupa caída.

Preciso es reconocerlo: en nuestro clima no hay caballo que compita con el español; y no crea el Sr. Weil que esto es preocupacion, no; es la realidad, pues no puede acusarse de preocupado á quien cruzó de caballo inglés y de árabe. Ni los descendientes de Godolphin Arabian, téngalo por cierto el Sr. Weil, ni los árabes mismos los igualan. Yo no niego á estos caballos su finura, sus buenas formas, aunque muchos son izquierdos; pero son pequeños y no sirven para el soldado español con su pesado equipo. Además son terreros, y en los terrenos accidentados, como generalmente son los nuestros, tropiezan con frecuencia y tienen, por consiguiente, mucho adelantado para caer. Sus hijos son arreados por lo general, lo cual no se comprende bien, si se tiene en cuenta la buena sangre de sus padres.

El caballo pura sangre inglés, si reuniera esas tres cualidades de la mujer á que el Sr. Weil se refiere y tanto recomiendan los árabes, entónces ya sería otra cosa. Pero el caballo pura sangre no suele tener gran pecho, y sus crines son escasas, en prueba de finura; y sobre la tercera cualidad, ó sea la segunda del tordo, como se la ve á tanta altura, no se la aprecia debidamente. En el tordo, y sobre todo en la mujer, sabe de fijo el Sr. Weil que se la puede apreciar mejor.

El pié de la mula se me figura algo estrecho para la alzada del caballo inglés, que si tiene el pelo como el del ciervo, no será ni muy corto ni muy fino. De la zorra tienen algo *y áun algos*, y mucho del cigarrón ó del langosto, y generalmente les falta otra cualidad que se desea en la mujer y casi siempre reúne el caballo español, siendo, sin duda, muy conveniente. El caballo inglés es muy impaciente y no siempre se está quieto al montar.

Del caballo árabe nos dicen que andan, ó galopan, ó *gatean*, permítaseme la palabra, treinta leguas por día, y yo, dirigiéndome á los muchos españoles conocedores del ejemplo que voy á poner, diré: Que muchas veces he visto, en días de agradables faenas, ensillar por la mañana el caballo de un vaquero, por lo general mal alimentado, y trabajar todo el día sin apenas comer, corriendo la mayor parte del tiempo, y este buen animal resiste perfectamente esta fatiga; y si hubiese corrido por derecho todo el día, ¿no ganará las treinta leguas que recorre el árabe, áun en las malas condiciones en que casi siempre se encuentra? Otro ejemplo tiene el Sr. Weil muy á la vista, segun las afirmaciones de algunos aficionados á quienes he oído hablar de este asunto. Pregunte; si gusta, por el caballo que monta el perrero, así le llamamos los cazadores españoles, de la Sociedad de caza, y creo que su historia no será un borron al lado de los famosos caballos extranjeros, ingleses la mayor parte, que corren delante ó detrás de él.

No hay caballo, y esto puede decirse muy alto, que reúna todas las buenas cualidades del español. Es noble, muy noble; es airoso, gallardo, cómodo y sobrio. Es revuelto, si no excesivamente ligero; resiste el calor como el frío, y es para el paseo como para las fatigas del campo y de la guerra. ¿Puede decirse esto mismo de los ingleses y áun de los que habitan en los desiertos de Sahara? Los que vieron nuestros caballos en Crimea y en Africa, podrán decir si hubo algunos que los aventajaran, y eso que allí sólo fueron nuestros desechos.

El caballo español sirve también para el tiro, si bien no es tan aventajado como para todo lo demás; pero, sin embargo, ¿no los vemos tirar de lujosos carruajes, llamando la atención de todo el mundo? Y, por otra parte, ¿qué caballos conducen y conducen en España los coches-correos y

diligencias cuando los caminos estaban intransitables? Y sirven de día como de noche, sin necesidad de un veterinario y un botiquín á su lado. ¿Qué pocos troncos ingleses se ven enganchados en las noches frías! Los pobres españoles ó las mulas son los que pagan el pato! Pero... si en España se hubieran apreciado los caballos de tiro en mucho menos que los ingleses, ¿no cree el señor Weil que tendríamos mejores caballos que los de que nos servimos para este objeto? Pero... ¿ya se ve! La moda es una tirana y nosotros la seguimos como nadie, sin tener para nada en cuenta á nuestro desgraciado país. Precisamente los que debían fomentar nuestra raza de caballos, los grandes y ricos propietarios y los capitalistas, son los primeros á destruirla. En vez de criar caballos en sus



excelentes posesiones, ó de comprarlos á los criadores españoles, los hacen venir del extranjero, despreciando así los nuestros. Encarecen y subastan sus fincas sin tener en cuenta que así concluyen con la Ganadería y la Agricultura, y después tocarán, como ya por desgracia están tocando, los funestos resultados de este ruinoso sistema. ¿Qué son las fincas ó las dehesas sin la Ganadería? En lugar de emplear el dinero en mejorarlas, haciéndolas así más productivas y sosteniendo á la vez á multitud de braceros, lo invierten en lejanos países con gran perjuicio del nuestro! En vez de hermanar sus intereses con los de sus colonos, son, en lo general, sus más terribles enemigos; y este antagonismo que entre ambos se establece lo paga, en primer lugar la finca y después el propietario! Pobre España! Adónde iremos á parar si los españoles no llegamos á comprender nuestros intereses!

Pero áun tenemos caballos: y ni el resultado de la compra que el Gobierno hizo para la guerra, ni la requisita que se verificó anteriormente, son una prueba en contra. De aquélla he hablado, y diré sobre ésta que todos sabemos los muchísimos caballos que se ocultaron entónces. Yo presencié un lance que no pudo menos de hacerme reír, y fué el siguiente: Tenía un aficionado un buen caballo de cuatro años, cuya edad marcaron con un 4 en la casilla correspondiente. Pues bien; el dueño colocó delante del 4 un 1, resultando que el caballo tenía 14 años en vez de 4, y así pasó. ¿Cuántos imitadores no tendría este aficionado!

Me parece haber enumerado las causas que tan poderosamente han contribuido á la decadencia de nuestra raza de caballos, apuntando, en primer término, la cruce con el caballo inglés de pura sangre y demas. Ahora, preciso será ocuparme de si es posible que España vuelva á lo que fué en materia de caballos, cuya bondad no puede menos de reconocer el Sr. Weil, proponiendo los medios que, á mi juicio, deberán emplearse para lograr tan útil y laudable objeto.

Segun el Sr. Weil, nos faltan caballos y raza, y yo creo que tenemos raza, aunque no muchos caballos. Existen, pues, la base y las mismas posesiones en donde retozaban los famosos caballos cartujanos, de Jerez y Utrera, que ya hemos señalado. ¿Qué nos falta? Únicamente la protección de los Gobiernos y de los grandes propietarios y capitalistas españoles. No invocaré los antiguos privilegios que en nuestro país gozaba la ganadería yeguar. Estos han desaparecido, como no podía menos de suceder; y por lo mismo que ya no tenemos ni áun dehesas potriles, es preciso, si hemos de aumentar y mejorar nuestros caballos, si no hemos de pagar alguna vez más muy caro nuestro abandono, que el Gobierno fije su atención en este importante asunto, haciendo que la Remonta compre los potros á los ganaderos, sin el esmerado escrúpulo con que lo hizo el año pasado, desechando el que estaba algo escaso, sin tener en cuenta el mal año que los pobres animales habían sufrido. Aun en la alzada debería existir alguna más tolerancia, siendo así que el ojo inteligente y experimentado desde luego conoce si el potro podrá llegar á la necesaria para el servicio. Pero aunque alguno no llegará, el Gobierno podría venderle, ¿por qué no? y con su importe comprar otro más joven y más útil. Yo creo que sería muy conveniente comprar los potros hasta de un año, teniéndolos, después, separados en la pastora para evitar así que los de más edad los maltrataran. Hasta esta edad apenas embarazan á los ganaderos, y tal vez se conseguiría que muchos pusieran sus yeguas al natural, en vez de hacerlo al contrario, por la ventaja que les resulta de vender las mulas ó los muleros á los seis meses.

Tampoco es conveniente fijar 3.000 reales, más ó menos, como máximo, por un potro. Yo creo que éstos deberían pagarse por todo lo que valieran. No hay nada peor que el que el hombre

sepa lo que va á ganar. Sus esfuerzos son así escasos, pues lo mismo adelanta trabajando mucho que poco. Como quiera obtiene el mismo jornal. Del mismo modo el ganadero no se esfuerza gran cosa por que sus potros salgan de una medianía. Sabe que no han de pasar de 3.000 reales, y hay pocos que se dediquen á domarlos, pues esto es muy aventurado y costoso y son muchos los caballos que se desgracian durante la doma, ó que, después no remuneran al dueño de los dispendios y cuidados que empleara para conseguir su propósito. Por mucho que esto aumente el presupuesto de gastos, no alcanzará, en bastantes años, á lo que importará la compra de caballos extranjeros para la guerra; y al fin, y como suele decirse, *todo se quedaria en casa*. ¡Lástima de dinero que marchó al Africa y á Hungría, para nunca más volver!

En los caballos sementales del Gobierno, preciso es confesar que hay mucho desperdicio y muchos cruzados, lo cual no se comprende, pues no es posible que nos den buen resultado. No hay en ellos raza, y siendo así, ¿qué esperamos ver en sus productos?

A mi juicio, deberían separarse de la simiente todos los que no fueran españoles puros. Yo los vendería, comprando en su lugar los mejores que hubiese en Andalucía. Allí los hallará el Gobierno si los paga, como es muy justo y conveniente, y también en Madrid podría adquirirlos muy á propósito para el caso. Es preciso fijarse en el verdadero tipo español, para que los caballos padres no

se separen de él. Así, pasados algunos años, nuestros caballos se parecerán los unos á los otros, como sucede en los países en donde hay esmero y conciencia de lo que se hace.

Hay que tener, por otra parte, muy en cuenta que los caballos de los depósitos no nos dan el resultado satisfactorio que debíamos esperar, porque nuestras yeguas son bravas, y al ponerlas las trabas sufren mucho y no reciben al caballo en las condiciones necesarias para la procreación. Muchos caballos nos han costado el deseo de introducir el sistema de ponerlos á mano! Díganlo, sino, los criadores. Yo casi no me atrevo á defender el de ponerle á manta, aunque en España, hoy por hoy, es sin duda el más conveniente; pero creo bien que si el Gobierno, enterado de quiénes son los ganaderos esmerados y cuidadosos, les entregase los caballos padres con arreglo á las yeguas que cada uno tuviera, de buena alzada y demas condiciones, y en la proporción de quince por cada uno, el resultado sería infinitamente mejor. Esto debería durar hasta que los ganaderos amansaran sus yeguas, lo cual es muy conveniente bajo todos conceptos. Ya sabemos lo que una yegua brava sufre cuando es preciso ponerla en cura, por ejemplo, y que es, casi siempre, peor el remedio que la enfermedad.

Las Exposiciones anuales en la Corte y los premios en metálico y medallas, á la vez, producirían excelente efecto. Estas Exposiciones deberían celebrarse á primeros de Marzo, época en que el Gobierno podría comprar, ademas, los caballos sementales para distribuirlos seguidamente á las provincias ó á los ganaderos. Yo adoptaría este sistema, y á la vuelta de pocos años observaríamos, de fijo, que los caballos padres del Gobierno producían doble número de potros que en los anteriores.

Después del estado á que nuestro abandono y nuestros caprichos nos condujeron en lo relativo á la cria caballar, preciso es hacer un esfuerzo supremo para fomentarla, y este esfuerzo ha de partir del Gobierno, si bien secundado por los propietarios y los ganaderos.

He apuntado los medios que, á mi pobre juicio, conviene poner en práctica para lograr el saludable fin de regenerar nuestros hermosos caballos, y creo que hasta por patriotismo, deberíamos trabajar incesantemente para conseguirle. ¿No es doloroso dar lugar á que se nos diga: «los caballos españoles fueron buenos, excelentes; pero ya no los teneis, ya no existen»?

Esto no es enteramente exacto, por fortuna nuestra, pues se los ve lucir en el Retiro, en la Castellana, en el Prado y en todas partes, causando la general admiración; y si tardan una hora en atravesar la puerta del Sol haciendo corvetas, es porque se les mandan, porque se les pueden mandar, como cualquier manejo, como hacer una jornada al día siguiente, con calor ó con frío. En cambio, pasará á su lado un caballo inglés muy rígido y arrastrando las manos por el suelo; y... ¿cree el Sr. Weil que podrá hacer lo mismo que el español?

Trabajemos, repito, por esta gloria nacional. Esforcémonos para imitar el ejemplo y secundar los afanes, que no puedo menos de ensalzar, del *Jockey Club* frances y de los ingleses mismos, y yo creo que no tardaremos en obtener los resultados á que, por su interés, por su propio decoro, debe aspirar la nación española.

Tal vez, Sr. Director, he distraído su atención por más tiempo del que me había propuesto, si bien confío en que sabrá dispensarme, usando de su mucha amabilidad, si quiera sea en gracia del importante asunto que motiva estos renglones.

Tiene la honra de ofrecerse de V., con la mayor consideración, afectísimo, atento, S. S.,

Q. B. S. M.,

EL MARQUÉS DE LA CONQUISTA.

DENSIDAD Y PERMEABILIDAD DE LAS TIERRAS DESTINADAS AL CULTIVO.

El conocimiento de la densidad de una tierra es tanto más necesario, cuanto que con él se puede reemplazar con exactitud en muchos casos el análisis químico, siempre que se quiera conocer aproximadamente el valor, ó más bien la naturaleza de un terreno para destinarlo al cultivo de las plantas que más le convengan, según la exposición en que se encuentren.

La tenacidad de una tierra ó suelo está en relación directa con la arcilla libre que contenga; por manera que después de haber tomado la densidad se puede fácilmente suponer cuál sea su grado de tenacidad, siendo regla general que mientras más alúmina contiene una tierra, que es el principio constituyente de las arcillas—la que cuando pura es blanca—mucho más tenaz es.

La siguiente prueba conduce á la averiguación de este principio; para ello se forman entre los dedos unas bolitas de tierra, todas del mismo tamaño, y luego se dejan secar al sol ó al calor de un horno; después de conseguido esto, si las bolitas se deshacen con una ligera presión, es prueba que contienen arena, ó bien *humus* (mantillo). Mientras más resistan, más cantidad de alúmina tienen, y las tierras abundantes de arena no aguantan esta prueba, pues se deshacen por su propio peso, en atención á que sus partículas no tienen ligazón entre sí.

Las tierras muy fértiles y abundantes en *humus* se deshacen tan fácilmente como las arenosas, y las comunes más que las arcillosas, que son entre todas las más tenaces y difíciles de deshacer. Este conocimiento de la tenacidad de las tierras es sumamente útil, y cuando está unido al de su densidad facilita otros varios que son indispensables á un agricultor, y que por lo mismo debieran estar más generalizados.

Para averiguar la tenacidad de una tierra con más precisión, aconsejamos lo siguiente: se coloca una palanquita fija en una mesa por una punta, teniendo en la otra un platillo de hoja de lata, como si fuera el de un peso, también sujeto; se harán con un molde unos taruguitos de figura cilíndrica, que después de secos se colocarán debajo de la palanquita, siempre á la misma distancia del punto donde se halla atada una punta; en esta disposición se ponen en el platillo pesas hasta saber qué cantidad de ellas necesitan los taruguitos de tierra para aplastarse ó deshacerse, expresándose el grado de tenacidad por el peso que ha necesitado ponerse para romperlos.

Si es muy útil que un suelo tenga mucha *cohesión* cuando está colocado en una exposición seca, no es lo mismo cuando puede ser regado; en uno y otro caso la tenacidad del suelo no debe ser excesiva, porque entonces es muy difícil trabajarlo, en razón á la fuerza con que se adhieren á la tierra los instrumentos de agricultura.

Se llama *permeable* todo suelo que deja fácilmente pasar el agua; para conocer su permeabilidad, como también la facilidad con que retiene el agua, se pulveriza un poco la tierra y se la deja secar al calor de un horno, ó bien al sol, hasta tanto que quede sin humedad ninguna; entonces se toma un kilogramo de esta misma tierra, y se mete dentro de un embudo, habiéndole antes tapado el tubo con vidrio molido grueso, y se mete dentro de una botella de vidrio. En otra botella se tiene pesada una cantidad dada de agua, que se echa poco á poco sobre la tierra que está dentro del embudo, y se meneará con un palito hasta que toda esté embebida y salga de él sólo una gota á la vez.

Entonces no se echa más agua, y pesando la botella que la contenía se averiguará cuánta ha sido absorbida por dos libras de tierra.

Para conocer la *permeabilidad* de una tierra después de haberla saturado de agua, según acabamos de manifestar, se vierte con cuidado y de una vez sobre ella dos ó cuatro libras de agua; después se coloca el embudo sobre una botella vacía, cuyo peso exacto debe saberse de antemano. Una hora después se vuelve á pesar la botella, y la cantidad de agua que haya caído indica el grado de permeabilidad del suelo.

El resultado de los ensayos que acabamos de indicar han dado por resultado:

100 partes de arena silicea.	25 partes de agua retenida.
100 de arcilla abundante en cal.	70 idem.
100 de tierra calcárea.	85 idem.
100 de tierra de jardín.	89 idem.
100 de humus (mantillo).	190 idem.

De lo cual se deduce que las tierras que son más arenosas conservan menos el agua, y que mientras más humíferas ó vegetales, más tiempo conservan la humedad. Como es tan fácil hacer estos experimentos, creemos deber aconsejar á nuestros labradores el que los repitan tantas veces cuantas sea necesario mejorar un suelo, pues sin ellos difícil les será conocer con certeza la sustancia que debe añadirse para cambiar sus propiedades.

Si el suelo es muy poroso, ó, como hemos dicho, muy permeable, se le añadirá arcilla, ó cualquiera otra tierra en que abunde la alúmina, mientras que no siéndolo se deberá mezclar con arena ó tierra calcárea bien desmenuzada. Los anteriores resultados, que han servido para fijar estas reflexiones, presentan un vacío notable en cuanto á que no se trata en ellos de las arcillas puras, ni tampoco de las margas, que conservan mucho el agua.

Las otras propiedades físicas de las tierras, como son: su encogimiento á causa de la sequedad, su capilaridad para la fácil absorción del agua, aire, etc., están en razón directa con la permeabilidad de ellas; es decir, que mientras más permeable sea un suelo, menos se contraerá al secarse ó se agrietará, menos será su fuerza capilar, y menos también la que emplee para absorber los gases.

No todos los suelos se calientan con igual facilidad, ni tampoco conservan el calor que han recibido, y esto consiste en que no todos tienen un mismo color, porque el blanco es el que más rechaza los rayos solares. En este principio consiste sin duda el que en las tierras negras las cosechas se adelanten, y de que en las blancas se retarden.

Mientras más fina es la tierra y más dividida está, mejor conserva el calor que una vez ha recibido; pero también se calienta con más dificultad, y todo esto depende de una sola y exclusiva causa, que es el aire, que, interponiéndose entre las moléculas, es el peor conductor del calor. Mientras más pesada y compacta sea la tierra, más fácilmente se calienta, ó bien se enfría, sucediéndola lo mismo que á esas rosas que, muy calientes cuando las hieren los rayos del sol, se enfrían tan pronto como éste se oculta en el horizonte.

Las tierras húmedas no se calientan tan pronto, en razón á que el agua que contienen se evapora, y produce un fresco continuo, por lo que se las llama frías, en lugar de calientes con que se denominan las tierras ligeras.

La permeabilidad de los suelos indica de una manera indirecta la tendencia que tienen de absorber el oxígeno del aire, porque las tierras absorben tanto más este principio, cuanto más agua y despojos de sustancias orgánicas contienen. En el primer caso la disolución es puramente física, es decir, que el oxígeno no se encuentra mezclado con el agua, que sólo se separa cuando se calienta. En el segundo, la absorción de este gas es química, y desaparece uniéndose á los despojos de materias orgánicas, que trasforman en ácido carbónico, en ácido crénico y en agua.

Con la arcilla sucede lo mismo que con el agua, que conserva también únicamente el oxígeno que se desprende cuando se calienta, aunque no en su totalidad, pues retiene una porción que se une químicamente con su óxido de hierro, al cual trasforma en óxido férrico.

La propiedad que tienen las tierras de absorber el oxígeno es sin duda una de las cosas más útiles con que la Providencia las ha dotado, en razón á que este gas da vida á las plantas, y también organiza los despojos. Bajo la influencia del oxígeno estos despojos ennegrecen primero, y luego se cambian en alúmina y sus derivados, al mismo tiempo que producen el ácido carbónico y también el agua, transformándose la alúmina en un mucilago compuesto de los ácidos *crénico* y *apocrénico*, bajo la influencia de una nueva cantidad de oxígeno, que las raíces de las plantas absorben tan luego como las aguas lo disuelven, después de unido con cierta cantidad de amoníaco. Así es como se opera la nutrición de los vegetales por medio de sus raíces, lo cual tiene una gran influencia en el desarrollo de las plantas, que pueden muy bien crecer con sólo el alimento que reciben por medio de las hojas.

Puede asegurarse que todo lo que dejamos expuesto sobre el estudio de la densidad y permeabilidad de los suelos comprende cuanto puede interesar al cultivador, con respecto á las razones en que fundamos las propiedades físicas, y la mayor parte de las químicas, que debe consultar en sus trabajos, así como en las investigaciones.

BALBINO CORTÉS DE MORALES.

FISIOLOGÍA DE CORRAL.

GALLINACEOS.

IV.

DE LAS CASTAS DE GALLINAS MÁS ÚTILES AL CRIADOR AGRÍCOLA.

No hay especie del reino animal, entre todas las que el capricho ó las necesidades del hombre han sometido á su inmediato dominio, que se haya subdividido en mayor número de castas. Los infinitos cruzamientos de que han sido objeto; el estudio especial que se ha puesto en el perfeccionamiento de sus productos, han alcanzado gallos y gallinas de todas formas, de todos plumajes, sin que ninguna de las variedades haya dejado de presentar alguna utilidad, algún mérito positivo.

Entre las nueve especies de gallinas que reconocen los naturalistas de una manera determinada y precisa dentro del género *Gallus*, sólo nos ocuparemos de dos, en las cuales se comprenden las castas más apreciadas y reconocidas hasta hoy como más productivas, siendo también las más conocidas en los corrales mejor constituidos.

Pertenecen á la primera de dichas especies (el *Gallo Barakiva* de Temminck) varias castas, entre las que sólo nos ocuparán la gallina doméstica ó común, la de DORKING, la de HOOGSTREETEN, la de CREVECEUR y la española.

Á la segunda, *Gallus giganteus* (Temminck), otras muchas, de las que mencionaremos las gallinas de PADUA, MANS ó CAUX, la CONCHINCHINA y las gallinas ENANAS.

El GALLO COMUN es el más generalizado en los países templados de Europa; de alzada ordinaria, cuello, patas y alas bien proporcionados, si varía poco de forma en su conjunto, no puede decirse lo mismo de los colores de su plumaje, que toma todos los matices posibles. Negras ó blancas, de color de castaña ó de teja, doradas ó plateadas sus plumas, no puede decirse que sus distintos colores constituyan otras tantas variedades en la especie. Sucede con el gallo común lo que con las razas caballar y bovina, en las que las diferencias de pelo, en igualdad de conformación, no implican distinción esencial.

Aunque esta casta no es de las que figuran en primera línea, acaso por su vulgaridad, no por eso deja de ser muy apreciable é importante, y en España, sobre todo, acaso puede anteponerse á algunas de las perfeccionadas en otros países, y que más boga alcanzan entre los modernos epicúreos.

La gallina es buena ponedora, empolla con asiduidad, es muy buena clueca, y en cuanto se emancipa la pollada vuelve á la postura, de modo que, por punto general, esta gallina produce durante nueve meses del año. Se ha observado alguna vez en individuos de esta casta que en el espacio de un año daban dos posturas (1) y dos pollazones (2).

Ademas de estas condiciones de fecundidad, recomiendan á esta casta la excelencia de su carne, que en tres semanas recorre todo el período de grasa, y el tamaño que llega á adquirir la gallina convenientemente alimentada.

Finalmente, esta ave, que, siendo muy rústica, no exige ciertos cuidados, rara vez experimenta la necesidad de *aculturarse*, lo cual es también un mérito cuando el principal pro-

(1) Por *postura* entendemos los huevos que á la clueca se reúnen para que los empolle.

(2) *Pollazon* ó *pollada* es el conjunto de polluelos que salen de la *postura*.

ducto que se desea obtener de ella son los huevos y no los pollos.

La GALLINA DE HOOGSTROETEN, ó gallina flamenca, es otra de las que, entre las comunes, reúne mejores condiciones como ponedora y como clueca á la par. Sus caracteres distintivos son: pequeña talla y plumaje manchado de negro y blanco, es rústica, poco golosa y se saca fácilmente; engorda rápidamente, y da una carne muy delicada. Es conocida por el nombre de la localidad de donde se la supone inmediatamente originaria, comarca de Bélgica, y más especialmente de Hoogstroeten, pueblecillo de Amberes.

Bastante rara en el extranjero, se encuentra en España muy generalizada; pero aún más desatendida, á pesar de su mérito, que la hace digna de toda la atención de los criadores, pues que reúne las tres condiciones de ponedora, clueca y comestible, ó de mesa.

La GALLINA DE CREVECEUR, muy rara en España, donde apenas es conocida, se recomienda por muy excelentes cualidades. Es moñuda, de plumaje negro, y la cresta del gallo presenta la curiosa forma de una media luna, como pueden ver nuestros lectores por el grabado correspondiente á esta descripción. Es animal muy rústico y que adquiere rápidamente un gran desarrollo, dándose con frecuencia el caso de que á los diez meses pese ya tres kilogramos y medio (seis á siete libras).

El gran desarrollo que alcanza esta gallina, la facilidad con que engorda, y la superioridad de su carne, muy tierna, jugosa y de exquisito sabor, hacen de esta casta una de las más recomendables, no sólo para la mesa, sino para el producto de corral, pues pone mucho, y para favorecer esta cualidad no necesita ciertos cuidados que otras exigen, como una asidua atención para preservarla del frío. Tanto es así, que en climas mucho más crudos que el de España, ponen durante todo el año, sin más abrigo durante el invierno que el del gallinero ordinario. Los huevos de estas gallinas son mucho más gruesos que los de las demás; y así éstos como los de algunas otras especies de las que nos ocupan, y están poco generalizadas en España, se han vendido en el Jardín Zoológico del Retiro.

La GALLINA DE DORKING es conocida con el nombre de este pueblecillo del Condado de Surrey, en Inglaterra, porque en él es donde, por decirlo así, ha recibido las cualidades que la adornan y la han constituido en rival, vencedora, en concepto de muchos gastrónomos, de la célebre *poularde* ó *polla* (1) normanda. El carácter distintivo de la gallina de Dorking es tener cinco dedos, y á veces seis, en cada pié; su tamaño y plumaje son parecidos á los de la gallina doméstica ó común; pero no se encuentran en esta casta exquisita las infinitas variedades en color que hemos mencionado al ocuparnos de aquella; el plumaje negro y rojo es raro en ella, siendo los más comunes el blanco y el atigrado.

Ni como ponedora, ni como clueca, es notable esta gallina; pero no hay otra que más rápidamente engorde, ni cuya carne sea más succulenta. En poco tiempo crece mucho; su armazón ósea es fina y escasa, y si la *polla* normanda es para los gastrónomos franceses el *non plus ultra* de las aves cebadas, la de Dorking está proclamada en Inglaterra como el mejor producto que es dado alcanzar de la *ceba* artificial, y buscada con preferencia á todos los de este género en los mercados de Londres, donde se paga á muy altos precios. Su aclimatación en España sería facilísima, y daría, á no dudarlo, grandes resultados, pues los defectos que su constitución delicada presenta en Inglaterra desaparecerían en Andalucía, y aún en Castilla y Extremadura, donde no tendría que temer el frío y la humedad, que en aquel país oponen serios obstáculos á su cría y desarrollo.

Descritas las castas de la primera especie, más asequibles á la explotación rural, no queremos dejar de decir cuatro palabras respecto á

La GALLINA ESPAÑOLA, que dentro de aquella especie está comprendida. Desde los tiempos más remotos de que se ocupan las historias conocidas, se encuentran en ellas registradas con elogio las *cosas de España*. En todas épocas ha tenido y conservado nuestro país carácter propio, á pesar de invasiones é intrusiones de hombres y de cosas. Sin remontarnos á épocas extrañas á nuestro asunto, harémos observar cómo se encuentran ya ensalzados desde lejanas épocas muchos de los productos indígenas de los tres reinos de la naturaleza. Los naturalistas romanos, los escritores que se ocuparon de Agricultura así lo consignan, y no nos costaría gran trabajo encontrar ya en sus estudios mencionados á la gallina española.

Hoy por hoy se encuentra en el Jardín Zoológico de Bruselas, y acaso sea el único resto de la dominación española en aquel país, que nos dió en cambio la gallina flamenca, de que proceden las muchas variedades que en todas las provincias de España se encuentran de la gallina común.

El gallo es de talla ordinaria y pluma negra, presentando alguna originalidad por las manchas blancas que tiene inmediatas á las barbas. La gallina empolla rara vez, y sus polluelos son de difícil cría; su carne, en fin, no presenta ninguna cualidad extraordinaria. Pero todas estas observaciones, hechas en un clima tan distinto del que en su origen debió serle propio, ¿no serán por este hecho erróneas? Sea cual fuere el caso, ignoramos lo que la gallina, reputada por española en Bélgica, pudiera dar de sí en su país propio, y lo cierto es que, hoy por hoy, de todas las cualidades que en la época de su importación á aquel país debió poseer, sólo le ha quedado el nombre, y aún éste, gracias á la curiosidad é interés científico de naturalistas extranjeros.

Las castas de la segunda especie (*gallus giganteus*), de que creemos deber ocuparnos en estos artículos son: las de PADUA, CAUX ó del MANS, la de COCHINCHINA y las ENANAS.

La GALLINA DE PADUA es enteramente distinta de la gallina doméstica y de las otras que acabamos de describir; izada sobre altos zancos, adquiere también mucho mayor tamaño, llegando á pesar cuatro kilogramos, y más á veces.

El timbre de la voz del gallo es más fuerte, pero menos vibrante que el del gallo común.

Llámanse también á esta gallina de Caux, de Rodas y de Persia; es moñuda, tiene por lo general doble cresta y en forma de corona.

Los polluelos presentan la particularidad de no echar pluma hasta que han llegado al término medio de su primer desarrollo.

Las cualidades de esta gallina se resumen en su tamaño, pues bajo los demás aspectos se la reconoce inferior á la gallina común. Algunos criadores, entre ellos el Barón Peers, aseguran que no son las castas que reúnen mayor número de cualidades las que presentan individuos de mayor talla. En nuestra humilde opinión, la cría que en algunas regiones de España pudiera emprenderse de ciertas castas, haría variar algunas de las opiniones formadas allende los Pirineos, y creemos que atendida como se debe en nuestro país la cría de esta de que nos ocupamos, había de dar buenos resultados.

La GALLINA NORMANDA ó del Mans, ó de Caux, en Francia, presenta cierta analogía con la anterior, y es, después de la de Dorking, la más recomendable para la mesa. Su plumaje varía del gris claro al gris muy oscuro, pero mosqueado de blanco. La gallina es casi siempre moñuda, y la caracterizan esas plumas á manera de barbas y moño que se observan en ella.

A los siete ó ocho meses ya ha alcanzado su mayor desarrollo; no pone ni empolla mucho, pero sus huevos son muy grandes, y su principal mérito estriba en la facilidad con que se presta á la *ceba*, adquiriendo gran tamaño aún sin sufrir la castración. Su carne se reputa por de las más delicadas, y constituye, en suma, una de las variedades más útiles y productivas, en los países donde se sabe comer. En Madrid es la única ave cebada que comparte con el faisán el sitio de honor en las mesas de los verdaderos gastrónomos. Se recibe directamente de París y sale muy cara, por lo cual su consumo es escasísimo y excepcional. Al ocuparnos de la *ceba* hablaremos con más extensión de ella en comparación con los capones de Vizcaya y Galicia.

La GALLINA DE COCHINCHINA es de reciente introducción, pues sólo es conocida en Europa desde 1844, época en que la reina Victoria hizo presentar una pareja, macho y hembra, en la Exposición de la Sociedad Real de Agricultura de Dublin.

La opinión general de los criadores que han escrito sobre esta casta, es que el gallo y la gallina cochinchinos son la variedad más perfecta de la especie. El gallo, cuyo plumaje, fino, sedoso y de pequeñas plumas, presenta un color rojizo que varía desde el matiz oscuro de la Siena tostada hasta el color suave del marfil antiguo, ofrece en su aspecto un conjunto bello y elegante; de elevada estatura, aire altivo y majestuoso, ni en su cresta pequeña, poco dentada y nunca doble, ni en sus barbas largas y venerables, ni en el penacho de su cola, en fin, presenta los caracteres de vulgaridad y ordinario que deslustran á casi todos los machos de las otras castas. Las alas, sobre todo en el polluelo, se repliegan á voluntad, de modo que ya ocupan lo alto del cuerpo, ya los costados.

El pollo se desarrolla rápidamente á su salida del huevo, mas especialmente cuando ésta se verifica en primavera: pasado el mes de Julio, es más difícil llevar á buen término la pollazon.

Considérase también á la gallina cochinchina como de casta pura y sin mezcla; se acostumbra fácilmente á toda clase de alimentos, si bien manifiesta especial predilección por el pan, la carne desmenuzada y los gusanos, siendo, por consiguiente, menos granívora que carnívora. Por más que se haya exagerado su aptitud prolífica, está averiguado que, por punto general, no pone ni más ni menos que la gallina común; bien alimentada, empieza la postura en Enero, pero inmediatamente se acluca y no se puede evitar un gran retraso para la segunda postura. Los huevos no se distinguen de los ordinarios más que en su color de chocolate.

Tampoco la carne presenta gran diferencia en comparación con la de la gallina común, pero la cochinchina es susceptible de mucho mayor desarrollo y mejor *ceba*.

En suma, la introducción en Europa del gallo de Cochinchina fué una verdadera mejora, y hoy es tan apreciada esta casta, que en Londres se venden los gallos á 20 duros, y á 4 y 6 las gallinas.

Al tratar de la cría hablaremos de las ventajas que se pueden obtener de la que se establece entre esta casta y otras, como la de Dorking.

Para terminar lo que teníamos que decir sobre las castas, añadiremos algunas palabras acerca de

Las GALLINAS ENANAS. Bajo esta denominación se comprenden muchas castas de gallinas, cuyo tamaño no es mayor que el de las palomas. Conocidas con variedad de nombres, se distinguen por accidentes particulares que las hacen más ó menos gratas á la vista. Así que si se crían, es más bien como objeto de adorno que de verdadera utilidad, á menos que no se las dedique á la pollazon del faisán, que es la verdadera y considerable cualidad que poseen. Sobre ella, sin embargo, no nos extenderemos, por no ser propia de este lugar, ni creer á ninguna de las castas enanas útil al criador agrícola, pues si bien la carne de estas gallinas en miniatura es sumamente delicada, entra en la categoría de aquellos manjares de los romanos, como los platos de lenguas de ruiseñor, de que las edades posteriores no han tenido más que la memoria. La gallina enana no sirve, pues, más que como nodriza del faisán, cuya hembra es mala criadora y madre inepta.

En suma, y para terminar, de las castas que someramente hemos examinado, puede hacerse el resumen siguiente: Ponedoras y cluecas: la gallina cochinchina, la flamenca ó de Hoogstroeten.

Ponedoras: las mismas, la común y la de Creveceur.

Cluecas para toda clase de huevos: las enanas.

Para la *ceba*: la de Dorking, del Mans ó normanda, de Creveceur y la flamenca.

F. B.

CÓRNICAS CAMPESTRES.

París, Enero.

Si deseais disertaciones campestres, no me las pidais á mí, que soy ignorante en materias agronómicas. Doctores tiene esta flamante y ya acreditada Revista que os las podrán ofrecer.

El campo que á mí me place, y que será el de mis empresas epistolares, es ese campo acicalado, artificial, arrebolado con cosméticos y aceites, que se encuentra en los alrededores de París, en las estaciones balnearias de Alemania, en torno de los *cottages* británicos, frente á los *chalets* suizos, y, en una palabra, donde quiera que la Naturaleza ha sido domada por la mano del hombre refinado, que no admite lo pintoresco sino casado con lo confortable.

El campo bravo, el suelo santo, de la patria os lo brinda, sin más trabajo que el salvar el recinto de cualquiera de nuestros pueblos y ciudades; el campo, objetivo de los progresos esencialmente agrícolas, no será mi pluma ciudadana la que lo desmonte ó lo cultive; el campo mío es ese campo á donde se va por la mañana y de donde se regresa por la noche en trenes de recreo; donde se caza (sobre todo en el plato) con polainas de Goudal y *suit* de Poole; donde se sienta uno á la mesa de frac y corbata blanca, y donde se departe mansamente de las mil menudencias de la crónica entre dos escopetazos, previa y cuidadosamente ensayados por tramoyistas, á sueldo del Anfitrión, entre un grupo de hermosas amazonas, que Worth ó Laferrère disfrazaron de Dianas cazadoras.

Así como así, ó yo mucho me equivoco, ó la aclimatación en España de esta clase de campo,—á la esencia de rosa y de jazmín, ó al triple extracto de *opponax*,—es uno de los objetivos de este Semanario, que más que pedagógico y que rústico, ofrece sus ribetes de mundano. Imagíneme yo, quizás yerro, que el fin principal que se proponen los directores y fashionables fundadores de este periódico es el introducir en nuestra tierra esos útiles y sabrosos hábitos que establecen un vaiven continuo entre las capitales y campiñas, movimiento que favorece grandemente la civilización y la prosperidad de las naciones. Calcule que si llegaran á obtener que, cual ya se barrunta, la aristocracia de la sangre y el dinero alzase en nuestras desoladas viviendas señoriales, ó restaurase las ruinas de los castillos y casas solariegas esparcidas por nuestro vasto y pintoresco territorio nacional; si además consiguiesen que nuestra clase media se habituase á cuajar las cercanías de las grandes ciudades de casitas de campo; si lograsen, por fin, que, difundido el gusto del campo confortable, los pueblecillos situados en risueña posición, las termas y las playas, cuidaran de rodearse de bosques, de florestas, de parques, de jardines adecuados para los esparcimientos naturales, no á la moda salvaje, sino al uso del día, en los países cultos, podrían exclamar como Arquímedes: «dimos en el blanco», que así traduzco yo del griego el vocablo *eureka*.

Y hé aquí lo que me anima á someter en estas páginas, al campo consagradas, el aparente vice-versa de relatar mil cuentos, frivolidades y ocurrencias, que acaso parecerán poco apropiadas al título bucólico que les ha de servir de epigrafe y de marco.

Justamente en esta época del año, en que empieza mi charla, el campo está aún en Francia poblado de excursionistas. Las grandes familias no regresan hasta fines del mes de sus *châteaux*, y cada día festivo se ve salir de París millares de exploradores rústicos que van á respirar, durante algunas horas, el aire puro de las selvas persiguiendo un corzo ó un venado, ó acechando más modestamente la liebre y el conejo, el faisán, la perdiz, ó la chocha.

Ni son sólo los grandes personajes los que, favorecidos este año por una temperatura tan templada como la de la Isla de Madera, se espacian por comarcas silvestres. El mismo tren que conducía días pasados al Jefe del Estado y á los Príncipes de Orleans á los soberbios bosques seculares de sus dominios, nos arrastraba á una docena de simples particulares al Castillo de Fleix, donde un príncipe de la ciencia, el Dr. Pean, ofrecía una batida, digna de más ilustres huéspedes. No todos eran, empero, humildes ciudadanos; entre ellos se encontraba el Príncipe heredero de Monaco, el Conde de Castellane, y otros varones de elevada prosapia. Pero no es de la caza, que fué amena y fructuosa, ni de la hospitalidad y servicio de boca, que habrían entusiasmado á Brillat Savarin, de lo que entiendo hablar, sino de algunas de las cosas curiosas que se cruzaron en el diálogo, tanto en la sobremesa, como en los descansos de nuestra expedición.

Allá aprendí, por ejemplo, todo el partido que es lícito sacar de las tierras estériles é incultas, ya plantando la *encina trufera*, ya extrayendo *esencia de vainilla* del jugo de los pinos.

De la *encina trufera* oí que se contaba que el distrito de *Vaucluse*, donde desde 1856 se empezó á plantar esta clase de árboles en las tierras baldías, se ha enriquecido al cabo de diez ó doce años, y se cosechan al pié de estas encinas entre 20 y 50 kilos de trufas, que se venden al precio medio de 10 francos kilo, y hacen producir, por lo tanto, á una hectárea de 40 á 100 pesos. Las semillas, cuya siembra se ha de hacer en el surco del arado, cuestan 50 francos por hectárea, y al cabo de cuatro años hay que podar los árboles, lo cual se estima aquí que cuesta 25 francos por hectárea. En suma, con 15 duros de gasto una hectárea de tierra ingrata produce, plantada de la encina citada, una renta importante.

Este cultivo se ha premiado en varias Exposiciones, y se explota en Francia en 60.000 hectáreas, que ántes escasamente producían 5.000.000 de francos, y hoy reditúan 14.000.000. El valor de las trufas que se venden en Francia se estima anualmente en más de 20.000.000 de francos.

De este tubérculo aromático, consuelo voluptuoso de los que no pueden ya disfrutar otros placeres, la transición al otro eco de nuestra expedición es fácil y fluida.

(1) Gallina castrada y cebada.

La vainilla, perfumando una crema ó un helado, nunca estuvo fuera de situación tras de las trufas.

La esencia de vainilla, extraída de la sávia del pino, es una novedad descubierta por un señor Bouquet de la Grye, que ha presentado hace algunas semanas á la Sociedad de Agricultura de Francia varias muestras de este producto, con una descripción del método adecuado para extraerlo. Estas operaciones, aunque un tanto complicadas, dan por resultado una esencia excelente y más barata que la vainilla usada en el comercio. Para extraer la sávia se han de descortezar los árboles, cortados durante el período de actividad de la vegetación, es decir, en los meses de Mayo y Junio. Los troncos desnudados se raspan en seguida; la materia obtenida se hecha en unas vasijas de hoja de lata, que se someten á la acción del fuego inmediatamente para evitar la fermentación. Después de hervir se deja enfriar el líquido, se le filtra, y se obtiene una sustancia análoga en aspecto al azúcar moreno: es la *coniferina*. De ella se saca la vainilla artificial.

En suma: de los pinos cortados para los usos ordinarios de la carpintería se obtiene, gracias á esta manipulación, un nuevo producto, de valor no despreciable, y como el pino abunda en nuestro país, no me parece ocioso el registrar este descubrimiento.

Entre los cazadores convidados por el Dr. Pean se hallaba un *gentleman*, que luego supe era acaudalado traficante en marfil. Hombre de buen sentido, hablaba del asunto que le era familiar y á fondo conocido, y escuchándole, obtuve ciertos datos, que no dejan de ser azar curiosos. Por ejemplo: supe que sólo en Inglaterra se consumen, es decir, se utilizan 650 toneladas de marfil. Cada colmillo de elefante pesa, por término medio, 17 kilogramos, habiendo algunos que llegan á pesar 74. Las 650 toneladas que llegan á Inglaterra representan, por lo tanto, los dientes de 50.000 elefantes, y como no hay dentista capaz de extraerlos en vida, resulta que hay que matar 50.000 paquidermos para el solo consumo de la pérdida Albion. Añadan ustedes el marfil que se gasta en los otros países, y se asombrarán, como yo, de que haya aún elefantes para bailar el tango ó tocar el flautín en los circos olímpicos.

Algo más interesante, al menos más patético, fué lo que oí decir en un grupo de médicos. Hablaban estos doctos varones, que no respetan en sus conversaciones los más feos asuntos, de los parásitos insectos; y después de haber contado mil horrores sobre ciertas orugas que se instalan en los ojos de los sapos, y los devoran poco á poco, trataron de una preciosa mosca acabada de importar de Cayena por un buque transporte de penados, que se llama la *Lucilia homini vorax*, y devora, en efecto, á los hombres. Se introduce en las fosas nasales; deposita sus huevos, y las larvas, cuando se desarrollan, hacen tales estragos en el cerebro del rey de la Creación, que acaban por dejarle sin seso y sin aliento.

Pero esto al cabo es menos peligroso que parece, porque la mosca dicha no puede aclimatarse en nuestras latitudes, donde, además el bisturí quirúrgico sabría, cortando por lo sano, atajar sus progresos.

Más grave me parece la invasión de otro bicho llamado el *ténia mermis*, para diferenciarlo del *ténia solitario*, que del lomo del puerco ha tomado la funesta costumbre de pasar al vientre de los chicos y al de muchos adultos, á cuyas expensas vive, como si fuera un príncipe de la famosa dinastía de los reyes franceses llamados *fainéants*. Esta lombriz, no armada, mas sí devastadora, parece que pulula en la carne de vaca y de ternera. Cuando ésta está bien asada ó cocida, su germen se destruye, mas no en otro caso, y así es que se ha notado que desde que es de moda el comer carne sangrienta, las entrañas de los parisienses se encuentran muy frecuentadas por estos huéspedes, supinamente incómodos.

La noticia no es de lo más pulcro; pero entre médicos no hay que extrañarse circulara. Otro día viviremos en mejor sociedad, y podré referir cosas más elegantes. Por hoy tengo que seguir esta serie, y contar otro caso no menos horroroso, si bien más estupendo, que escuché relatar en estos términos á uno de mis vecinos de escopeta.

Si quiere V., me dijo, ver á un hombre que ha pasado el susto más tremendo que pueda conmovér á un ser humano, váyase al *Grand Hotel*, y pregunte por el indio Ahmet-Sing, que acaba de llegar acompañado de un tal Ali-Jarpur, opulento propietario de una gran pesquería de perlas orientales.

El año último Ahmet-Sing extrajo á 200 brazas de profundidad en las costas de las islas de Bahring una perla negra, que su amo ha vendido en 70.000 francos al Rajah de Misora. ¡Terrible fué esta pesca!

Ahmet-Sing se sumergió con grande rapidez, y al llegar al fondo del mar tropezó contra un coral agudo que le hirió, de manera que se llenó de sangre. Empezaba, sin embargo, á recoger algunas ostras, cuando vió avanzarse hacia él una inmensa masa verdosa que agitaba, en todos sentidos, gigantescos tentáculos....

¡Era un inmenso pulpo!

Loco de terror, dió maquinalmente la señal de alarma; pero mientras que le subían, el monstruo le había enlazado ya con tres enormes brazos: júzguese del terror general al verle aparecer en tan mala compañía.

Algunos hachazos mataron al pulpo, y salvaron al indio desmayado con el viscoso abrazo. En otra antena tenía prendida el monstruo una ostra colossal, que, abierta, dejó ver la perla negra de que he hecho mención.

Desde esa época el indio está atontado del susto, y su amo le ha traído á París á ver si le curamos.

Con estas y otras pláticas se amenizó nuestra hecatombe, y ya de regreso al *château*, al caer de la tarde, una voz gutural, que parecía partir de la copa de un árbol, nos saludó gritando como en el famoso monólogo de Ruy Blas: «*Bon appetit, messieurs!*»

Nuestra sorpresa fué extrema; alzamos la cabeza y vimos un loro que huía volando pesadamente, y siempre repitiendo: «*Bon appetit, messieurs, bon appetit!*» Un periodista que formaba parte de la comitiva, M. de Cherville, tomó pié de este incidente para decirnos que aquel loro fugitivo podría hacer escuela, y que él sabía de un cuervo que había convertido cierto bosque, vecino de Compiègne, en un verdadero Parlamento.

Todos á una le pedimos refiriere la historia del cuervo charlatan, y M. de Cheville habló de esta manera:

«El cuervo susodicho había pasado del jardín á las habitaciones interiores de un notario de Compiègne. Allí vivía en íntima comunión con la familia, compuesta del escribano, su mujer, morena, aún frescachona, dos niños pequeños y un rosario de rústicas criadas. El notario, terminados sus asuntos, se ponía á la mesa, y los postres duraban hasta una hora avanzada de la noche. Al levantarse el tabelion había dejado en el fondo de la dicha botella el último destello de su gravedad escribanil y su razón. Su embriaguez recorría toda la escala pintoresca. Empezaba risueña, con cantos y con risas, y acababa tenebrosa, con imprecaciones y un molinete de bambú, que solía rociar las espaldas de toda la familia.

»Después de este deplorable desahogo el notario caía en una lacrimosa modorra, y poseído del sentimiento de su propia indignidad, sollozaba exclamando con esa persistencia típica de los borrachos: «*¡Pobre papaito! ¡Pobre papaito!*»

»Papaito era el nombre familiar y cariñoso que su mujer y sus hijuelos daban al escribano.

»El cuervo, que gravemente paseaba su plumaje enlutado en medio de estas escenas caseras, fijaba sus ojos y tendía sus oídos cada vez que el notario lanzaba su monótona exclamación, exclamación que los chicos, la esposa y las criadas repetían á su vez, viendo el desfallecimiento y las congojas con que terminaban las crisis alcohólicas del notario. A fuerza de oír este perpetuo sonsonete Colás, que así llamaban al cuervo en la familia, acabó por ensayar á su vez, y repetir como cada quise que la dolida doméstica, y era de verle pasar horas y horas ensayando el estribillo, con que más tarde hacía coro á las lamentaciones de los que le rodeaban, exclamando con acento cómicamente compungido: «*¡Pobre papaito!*»

»Un día el borracho le dió un trastazo á Colás, y éste, furioso de esta violencia, tomó las de Villadiego con un vuelo rapidísimo, graznando por los aires: «*¡Pobre papaito!*»

»Al cabo de algunos meses llegó la primavera, y la escribana, excitada por los efluvios de la madre naturaleza, y muy poco satisfecha de sus gozos domésticos, salió, deseando buscar algún esparcimiento al aire libre, hacia un bosque de las inmediaciones en compañía del principal pasante del estudio.

»La ocasión, *Cherve tendre*, como dice cierta canción francesa..., vamos, que la escribana se enterneció, y ya iba á pasar, sin saber cómo, su brazo en torno del cuello del pasante, que era un mancebo de 20 años, cuando un grito formidable, alarmado y alarmante, se dejó oír en la copa de un nogal: «*¡Pobre papaito! ¡Pobre papaito!*» gritaban de lo alto, y al punto, de todos los árboles vecinos, otras voces roncadas y tartamudas respondieron graznando: «*¡Pobre papaito!*»

»La escribana se enterneció. Primeramente creyó oír la voz irritada y temblorosa de su esposo, sorprendiéndola *in fraganti* delito; después le pareció escuchar un aviso celeste.

»Ello es que deshizo el voluptuoso lazo que estaba á punto de unirle á su galán, y corriendo jadeante, se volvió de carrera al domicilio conyugal, donde, entrando como una tromba, se arrojó en brazos del notario, exclamando contrita y angustiada: «*¡Pobre papaito!*»

El autor de esta conversión, de este arrepentimiento renovado del episodio bíblico del camino de Damasco, ya lo han adivinado ustedes, era Colás, que, aposentado en el bosque, había difundido entre todos los cuervos comarcas sus conocimientos lingüísticos.

El siglo que ha inventado la máquina parlante y el parlamentarismo á chorro continuo, era digno de que en él viera la luz la historia del cuervo charlatan.

Por eso creo deber terminar con ella estos primeros apuntes.

PICO DE LA MIRANDOLA.

NOTICIAS GENERALES.

CONFERENCIAS AGRÍCOLAS.—En la celebrada el domingo último en el paraninfo de la Universidad Central desarrolló el Sr. Candau, con las dotes oratorias que le distinguen, el siguiente tema: *Estado actual y porvenir de la Agricultura española; sus relaciones con la propiedad territorial, las industrias auxiliares, el comercio, el crédito y la Administración pública.*

El ilustrado agricultor andaluz, Presidente del Consejo Superior, hizo una calurosa defensa, mejor sentida que justificada, del labrador español en general, y más particularmente del castellano y de otras provincias, duramente censurados por el distinguido é inteligente ingeniero de Montes Sr. Navarro Reverter en su discurso inaugural de las Conferencias Agrícolas de Valencia. Negó el Sr. Candau, entre otras cosas, que el agricultor sea en España refractario á los progresos modernos, suponiendo que, lejos de esto, y dadas las condiciones en que ha vivido, ha aceptado con mucha facilidad, y no menor buen deseo, cuantas mejoras ha encontrado al alcance de sus medios. El discurso del señor Candau ha sido importante y de mucho interés por el acertado asunto elegido, que está al alcance de todo el mundo, punto capital que no deben perder de vista los oradores que se propongan ilustrar la opinión en centros como el de la capital de España, que tan escasas relaciones directas é inmediatas tiene con la Agricultura práctica.

El acto estuvo muy concurrido, y á él asistió el señor Ministro de Fomento entre otros personajes.

La falta de espacio nos impide dar cuenta de las Confe-

rencias Agrícolas que van celebradas en algunas provincias. De todas harémos un resumen en nuestro próximo número.

Se ha recibido en esta Redacción el número 1.º del tomo 2.º de la *Gaceta Agrícola del Ministerio de Fomento*, importante Revista quincenal, dedicada, como saben nuestros lectores, á la instrucción popular sobre los asuntos del campo y su cultivo.

Contiene este número, que consta, como todos, de 128 páginas, los artículos y grabados que se reseñan en el Sumario que publicamos á continuación.

La circunstancia de insertarse en este número dos vistas de las instalaciones de la Exposición vinícola que se abrirá en 1.º de Abril próximo, ha retrasado algunos días la publicación de este cuaderno, acerca del cual llamamos la atención de nuestros lectores.

TEXTO.

Miguel Lopez Martinez..	Del ganado lanar.
Diego Navarro Soler..	Franquicias al contrato de permutas.
E. Abela..	El trigo: sus especies y variedades.
F. Llorente y Olivares..	La muscardina.
M. Atienza y Sirvent..	Cultivo del azafran en la Mancha.
C. Gonzalo Domingo..	Sauces y mimbreras.
Dianno..	Un nuevo nopal.
Diego Navarro Soler..	Bibliografía.
	Crónica nacional.
Miguel Lopez Martinez..	Crónica extranjera.
E. Abela..	Los agricultores en la Redacción de la <i>Gaceta Agrícola</i> .
Miguel Lopez Martinez..	Exposición vinícola nacional.
	Láminascromo-litografiadas: ternero suizo.—Carnero merino.
	Variedades.
N..	Prescripciones generales de aplicación, ya rural, ya casera.

El *Zootheria* recomienda el siguiente procedimiento para evitar que las reses bravas vacunas hagan daño:

Antes de sacarlas del establo se les levantará la cola y se atará á los cuernos. De este modo la res se ve en la precisión de tener la cabeza levantada, porque de lo contrario el menor movimiento expone á los músculos de la cola á los dolores más enérgicos. Esta maniobra pone á las reses tan dóciles, que un niño puede llevarlas sin el menor riesgo, evitando los numerosos accidentes que pueden acontecer.

El mismo periódico publica la siguiente curiosa noticia, resultado de muchas observaciones hechas.

Para escoger el mejor cachorro entre varios de una misma cria, debe procederse del siguiente modo: Sepárense repentinamente, y sin que la madre lo observe, de la cama donde los cria, y el primero que coja para devolverlo á su sitio primitivo será el mejor de todos.

Es noticia que agrada á los aficionados á esta clase de animales.

Un veterinario ha hecho administrar á los caballos cansados por un gran trabajo medio litro de café muy fuerte, que los conforta perfectamente en seguida. Un caballo que de resultados de haber trabajado mucho había perdido sus cualidades, volvió á su antiguo estado en pocos días con este tratamiento. Recobró su vigor, su pelo adquirió brillo, y pudo hacer largas caminatas.

La pesca en las costas de Francia aumenta notablemente. La Administración de la Marina acaba de publicar un Estado que demuestra que en veinticinco años, es decir, de 1850 á 1875, el número de barcas se elevó de 11.428 á 20.157; el número de hombres, de 48.492 á 68.651, y el producto de la pesca, de 22.580.000 á 61.780.000 francos.

Los recientes desastres causados por las inundaciones han sido una enseñanza cruel, pero instructiva, para conocer que cuando se desatienden las aguas del cielo como elemento de fertilidad, castigan esta ineuria, transformándose en agente de devastación. Los canales de riego son de gran necesidad á la prosperidad de la Agricultura, y ya es tiempo de salir de la inacción en que viven los labradores en materia de hidráulica rural.

En los Pirineos franceses se ha constituido una Sociedad, formada de propietarios, para regar gran parte de sus tierras. El total de gastos sube á 180.000 francos; de éstos, la mitad serán subvenciones del Gobierno y la provincia, y la otra mitad á cargo de los asociados. En estas condiciones la hectárea regada saldrá á 200 francos, que es un costo pequeño, y el canal quedará de propiedad de los asociados.

Un fenómeno de Horticultura llama la atención de los aficionados ingleses. Existe á bordo de *La Pandora*, vapor que vuelve de un viaje al Polo, un rosál lleno de flores. Este rosál formaba parte del mobiliario del barco desde que salió de Inglaterra. Todo el tiempo que ha estado en las regiones extremas del Norte la planta se secó, y parecía muerta, y la dejaron abandonada; pero desde que sintió aproximarse un clima más templado revivió, y se puso llena de flores como cuando salió.

En 25 de Junio de 1876 se contaban en Inglaterra: 1.374.576 caballos con dueños conocidos; 5.847.802 reses vacunas; 28.172.961 reses de ganado menor, y 2.293.630 cerdos. Estas cifras revelan un ligero aumento sobre las que mostraba la estadística de 1875.

Segun participan de Jerez, circula por aquel mercado la noticia de que la anhelada baja de derechos de nuestros vinos en Inglaterra quizá sea una realidad en el año próximo. Si esto se realiza, los resultados beneficiosos se conocerán antes de establecerse la baja mencionada.

Escriben de Palencia que los campos presentan un as-

pecto maravilloso, merced á las abundantes lluvias que hace días les favorecen. Los labradores continúan haciendo esfuerzos para cubrir sus barbechos. Los sembrados crecidos prometen más que podía esperarse al hacer la sementera, pues están más lozanos que en 1867, cuya cosecha fué asombrosa.

Se ha solicitado del Ayuntamiento que no se cobre el arbitrio de consumos por la introducción de los productos destinados á la Exposición vinícola.

Algunos diputados habían pedido á las cámaras francesas la supresión del impuesto de la sal, que ha sido negado; creemos de utilidad para nuestros labradores recordarles las ventajas que produce en la Agricultura.

Mezclada á los estiércoles, modera la fermentación, é impide el desperdicio de sales de ázoe, lo que le da un gran valor. Combinada con las materias orgánicas en los suelos ricos en sales, determina la formación de sales nítricas, que suministran el ázoe á las plantas.

En la alimentación de los animales ejerce una acción útil, como agente tónico digestivo, y aumenta el efecto de los forrajes.

Los ingleses, holandeses y suizos emplean la sal en gran escala en los abonos y en el alimento de los ganados.

Todo el mundo sabe que para el ganado los alimentos cocidos son más nutritivos que los crudos; el punto importante en esta materia es el buscar un medio poco costoso, y creemos será de utilidad el conocimiento del siguiente:

Sobre un horno redondo de ladrillos se coloca una caldera de cabida de 60 litros, que lo cubre enteramente. Sobre esta caldera se pone un cubo de madera con aros de hierro, en el que quepan 2 hectólitros más. Este cubo, que cierra herméticamente la caldera, tiene el fondo lleno de agujeros. Se mueve á voluntad por medio de un eje horizontal prolongado por dos brazos, que permite llenarla y vaciarla fácilmente. Este cubo está colocado por una cubierta que se sube y se baja por medio de una polea clavada en el muro.

Las patatas, raíces y legumbres, etc., cuecen rápidamente en este recipiente, y bastan veinte minutos para que el agua de la caldera entre en ebullición.

Con hora y media de fuego y un gasto de 10 kilos de carbon y un poco de leña se cuecen 24 hectólitros de patatas, y si se continúa en seguida, el gasto de lo que se cueza después será de la mitad. Creemos este medio esencialmente práctico y al alcance de todos los que crían ganados.

Se han elevado á las Cortes dos exposiciones, una de los productores y obreros taponeros de las provincias de Barcelona, Gerona, Extremadura y Andalucía pidiendo el establecimiento de un derecho de exportación de un 30 por 100 *ad valorem* al corcho en tablas, y un 50 por 100 á los cuadrados, y otra del Ayuntamiento de la Coruña, á fin de que se devuelva á aquellos municipios el Registro Civil.

Un ganadero de París exhibe al público una ternera de Holanda Friesland, que pesa 1.900 kilogramos. Su largura es de 3 metros, y su altura de 1 metro 70 centímetros.

Hoy que los que se interesan por la Agricultura se quejan de la tala de los árboles, sin hacer nuevas plantaciones, creemos será leída con interés por los labradores la siguiente manera de sacar una buena utilidad de sus campos, inútiles para la siembra de granos, y remediar en algo la escasez de arbolado.

Los dueños de malos terrenos deben comprar piés de álamos blancos, sauces, etc., etc., y para plantarlos, hacer lo siguiente: Mientras que con un arado se labra el campo, un hombre, que va al lado, pone las plantas en la raya abierta inmediatamente delante de la reja, y en seguida se cubren por la tierra levantada, que se le echa encima. La sola precaución que hay que tomar es ir despacio y labrar lo más profundo posible.

Hé aquí el costo de este trabajo en una hectárea:	
30.000 plantas, á 6 reales el mil.	180 rs.
Tres días de labores.	140 »
Seis jornales para los plantadores, á 8 rs.	48 »
TOTAL.	368 rs.

La plantación hecha así con piés arrancados recientemente falta rara vez. Lo esencial es que las plantas ni se hielan, ni se sequen.

Sin embargo, se han visto algunos casos en que no da resultados, producidos por una sequedad excesiva, ó por tal abundancia de grama, que ahoguen las plantas; pero estos accidentes son raros, y en 70 hectáreas plantadas así, sólo ha habido que replantar una hectárea.

En general, sólo se da una labor antes de la plantación, y se cortan las plantas por primera vez á los cuatro años; entonces las que parecían débiles brotan vigorosamente; el bosque se espesa y cubre el terreno con su sombra. Diez ó doce años después se puede hacer una corta de madera propia para perchas para las minas.

El costo de 10 hectáreas plantadas en 1861 en unos terrenos endeble y desfavorables al cultivo, fué el siguiente:

Valor del terreno en 1861, 800 rs. la hectárea.	8.000 rs.
Gastos de plantación, á 400 rs. la hectárea.	4.000 »
Contribuciones, 6 rs. por hectárea al año, en quince años.	900 »
Interes compuesto de los 12.000 rs. de arriba, á 4 por 100 durante quince años.	9.600 »
TOTAL.	22.500 rs.

PRODUCTO.

Valor del terreno convertido en bosque, 2.000 reales por hectárea.	20.000 rs.
Corta, 600 reales por hectárea.	6.000 »
TOTAL.	26.000 rs.

Beneficio líquido, 3.500 reales, además del interés compuesto á 4 por 100.

Las operaciones agrícolas consiguen raramente tales resultados.

En la reunión del 7 de Noviembre de la Sociedad Zoológica de Londres se leyó por el Secretario una carta del Doctor Otto Finsch sobre la existencia del camello salvaje en Asia:

«Durante mi reciente viaje hacia Turkestan y la parte norte de la China, dice, tuve ocasión de recoger algunas noticias sobre la existencia del camello salvaje.

»Un comerciante que ha vivido largo tiempo en Saissan, y hecho varios viajes al Norte de China, me dijo lo siguiente, basado la mayor parte en las relaciones de un natural, pues él no había tenido ocasión de ver los camellos:

»El camello salvaje tiene dos jorobas; es del mismo tamaño que los domesticados, pero de patas más largas, de un color más oscuro, y el blanco alrededor de la nariz más claro. Su lana es más suave y hermosa que la de los domesticados, y corre más que el caballo.

»Se encuentran á 250 kilómetros al sudeste de Saissan, y los tangus y kirgises los cazan con mucho ardor, comen su carne, que es dulce, y utilizan el pelo, y no es difícil conseguirlo, pues no son huraños.

»Según una antigua leyenda, había un rico kirgis que tenía tantos caballos y camellos que no le era posible cuidar de ellos; muchos se escaparon, y se hicieron salvajes.

»El natural, decía, los había visto, y comido varias veces de su carne.»

NOTICIAS DE LA SOCIEDAD.

DE MADRID.

Hace quince días os dije «adiós», pacientísimos lectores míos, ofreciéndolos en estas noticias haceros la relación de las fiestas que se preparaban, pero muy particularmente de la del Conservatorio; tampoco olvido que prometí repetir las impresiones del Conde de B.

Sin embargo, es justo que antes envíe en nombre de toda la Sociedad la más cumplida enhorabuena á las distinguidas señoras que componen la Junta de Damas de Honor y Mérito, puesto que supieron organizar un baile que ha dejado en todos los asistentes los más gratos recuerdos. Y tan así, que soy la encargada de una súplica que corrobore esas mis palabras; la de rogar á esas señoras que cuanto antes den otro baile.

Después de admirar la escalera, la galería y el lujoso salón; de oír los acordes de aquella magnífica orquesta, de conocer á tantas personas tan apreciables como distinguidas, exclamé: «Aquí nos hemos de divertir.»

Encontré en seguida al consabido *parisien*, que vino á mí diciendo con la mayor vehemencia:

—No he visto jamás reunidas tantas mujeres bonitas; ruego á V. que pronto me diga quiénes son.

—Con mucho gusto, Conde, le contesté, y nos colocamos en la puerta del centro con el fin de ver á todas. Ni un segundo habría transcurrido, cuando ya el Conde empezó su interrogatorio de esta manera:

—Deseo saber los nombres de esas señoras tan amables, tan distinguidas, que ostentan en el hombro un lazo azul y que me han dicho son de la Junta.

—Las Marquesas de Seoane, de San Carlos, de las Torres, de Bedmar, de Peñaflores, de Fuentefiel, de Tribes, de Miraflores; las Condesas de la Címera, de Llobregat, de Superunda, de Villapaterna, de Torrejón, y la señora de Rivaherrera.

—¿Y esta interesante dama, tan guapa, cuya seriedad tanto me agrada?

—Es la Marquesa de Perijáa.

—¿Quién es esa hermosa señora?

—La Marquesa de la Laguna.

—¿Y estas tres que he oído decir son hermanas, y de las cuales no sabría señalar la que más me agrada?

—La Marquesa de Guadalest y Condesas de Torrejón y de Xiquena.

—Pronto, pronto, contésteme usted. ¿Cómo se llama esa joven tan linda como esbelta y elegante que se halla ahora bailando admirablemente el *boston*, y cuyos hermosos ojos inspiran á los míos perpetua contemplación?

—La señorita de Vinet.

—¿Y esa rubia que antes estaba sentada junto á ella?

—Su hermana Isabel.

—Adivine V. la impresión que esta criatura me causa.

—Conde, me figuro que muy buena.

—Más que *muy buena*, repuso el francés; *muy poética*, porque me recuerda unas veces á la divina *Ofelia* y otras á la ideal *Margarita*; ¡esas sublimes creaciones de Shakespeare y Goethe!

—¿Y estas dos que se han sentado aquí, á mi izquierda, que parecen dos ángeles?

—Son las hijas de los Marqueses de la Torrejón.

—¿Cuál es el nombre de esa señora que abandona su asiento para ir á bailar y que me parece también muy bonita?

—La Marquesa de Sardoal.

—¿Y la que estaba á su lado?

—¿Cuál?

—Esa... esa morena tan guapa.

—La Marquesa de Villalba.

—Esta distinguida señora que ahora entra en el salón, ¿es madre de las dos jóvenes que la acompañan?

—Sí: ¿por qué lo pregunta V.?

—Porque quisiera decirle que tiene dos hijas preciosísimas.

—Pues es la Duquesa de Sotomayor, y esas señoritas se llaman Virtudes y Piedad.

—¡Oh!... cual esos nombres son sus semblantes.

—Sígame V., prosiguió el francés convertido en Catequismo: ¿y esa dama que va del brazo de una linda joven y que ambas tanto me agradan?

—La Condesa de Macuriges y su hija María.

—¿Y ésta que viene hacia acá y que es una verdadera belleza?

—La señorita de Errazu.

—Señálemela V., le ruego, una por una las que componen ese grupo.

—La señora de Henestrosa.

—¡Hermosa dama!

—Su hija Catalina.

—Interesante y bonita.

—La Condesa de Gomar.

—Es muy bella.

—La Condesa de Casa Torres y su hermana la señorita de Elio.

—Me parecen también muy guapas y muy distinguidas.

—La señorita de Osma.

—¿Cuánto me gusta!

—Y la Condesa de Peña Ramiro.

—A esa señora la vi al entrar y no he podido olvidar su belleza.

—Por Dios, contemple V. á esa dama que está bailando frente á nosotros un rigodon, y dígame si es posible pedir más interés á una fisonomía, más elegancia á una figura y mayores atractivos.

—Es cierto que no, repuse; esa es la Vizcondesa de la Manzanera.

—Y esas tres jóvenes que parecen el símbolo de la alegría, tan lindas como risueñas, ¿quiénes son?

—La que está sentada en medio es la señorita de Parladé.

—¡Qué mujer, qué ojos!... no, no quiero mirarla mucho, porque no volvería á Francia.

—Esa rubia que está á su derecha es la señorita de Crook.

—Diga V. más bien *la envidia de las flores*, porque no se conciben tintas más sonrosadas que las de su fresca tez.

—La otra es la señorita de Heredia.

—Es la figura que faltaba para completar el precioso grupo que las tres ofrecen.

—¡Oh! ¿qué hermosísima mujer es ésta que ahora se sienta á mi derecha?

—Es la señora de Calvo, hermana de las señoritas de Vinent.

—Pues... hé ahí una familia que debe estar agradecidísima á la naturaleza.

—¿Y las que forman en el centro el cuadro de ese rigodon?

—Las señoritas de Chavarri.

—Muy distinguidas son.

—La señora de Santos Suarez.

—También me gusta.

—La señorita de Heras.

—Puede estar orgullosa de sus ojos.

—La señora de Arias.

—¡Qué simpática y qué guapa!

—Y las señoritas de Manjon.

—Son guapas también.

—Vamos ahora al *buffet*, continuó el Conde; allí seguirá usted señalándome las que hallemos, y de esa manera tomará V. aliento.

En efecto, yo necesitaba tomar algo más que aliento, algún refrigerio, para seguir contestando á mi incansable amigo, que en su entusiasta curiosidad ni me permitía respirar de una pregunta á otra.

Después de ese descanso, continué gustosa mi interrumpida tarea.

—Mucho me agradan esas que entran, repuso el Conde, diga V., ¿quiénes son?

—Las señoritas de Heredia-Spínola, de Norzagaray, de Villa-Urrutia, de Travesedo, Triviño y Jimeno.

—¿Y estas seis tan bonitas también?

—Las señoritas de Primo de Rivera, de Aguirre, de Baldasano y de Carvajal.

—¿Y las que están ahí sentadas?

—Las señoritas de Beranger, de Camarasa, de Lombillo y Silvea.

Volvimos al salón, y conociendo el Conde que aquella magnífica orquesta aumentaba mi afición por el baile, me dijo:

—Ya concluyen mis preguntas; sólo ruego á V. que me conceda unos segundos más para decirle el nombre de esa hermosa rubia cuya mirada me agrada en extremo.

—Es la señora de Kindelau.

—¿Y esa dama tan interesante?

—La Marquesa de Casa Loring.

—Me han dicho que tiene tres hijas preciosas.

—Es verdad, repuse, esas que se sientan á su lado son.

—No me han mentido; las encuentro muy lindas.

—¿Desea V. saber más nombres aún?

—Sí, los de las que componen ese grupo junto á la orquesta, puesto que su belleza ha llamado mi atención desde hace rato.

—Pues son las señoras y señoritas de Madrazo, de Arangoiz, de Azcárraga, Linares, Escobar, Caicedo, Prota, Ramos Tellez, Bustillo, Rosal, Henestrosa, Ibarreta, Sandoval, Torres Adalid, Garralda, Miranda, Rábago, Echevarría, Aranda y Vignals.

—¡Todas, todas son guapísimas!

A las cuatro concluyó tan inolvidable fiesta, y cuando me retiraba hallé muy pensativo al francés.

—¿Qué le pasa á V., amigo mío?

—¿Qué me ha de suceder? ¡Que me es forzoso volver á Francia y no quisiera salir de Madrid!!

El 15 fué la noche destinada para el baile de Palacio. Las pobres alabanzas de mi mal cortada pluma quedarán bien pálidas comparadas á cuantas admirables descripciones han hecho ya acreditados *ellos* en distintos periódicos, y *ella* por eso se limita á asegurar que nunca podrá olvidar tan grandiosa fiesta.

Magnífico fué el baile de los Duques de Bailen; no estuvo mal el de los Condes de Superunda; pero como sus atractivos es probable que hayan dejado en el ánimo de los asistentes esa melancolía que sucede á la animación, cuando los alegres recuerdos del pasado cesan ante la realidad del

presente que nos dice: «¡Ya pasó!», quiero hablar del porvenir á la juventud alegre, y me propongo, por supuesto, que reaparezca su natural alegría. Si, hablemos del baile que se prepara en casa de los Condes de Munter, de los dos que han ofrecido los Duques de Fernan Nuñez, del que se proponen también dar los Duques de Almodovar, del preciosísimo con que los Marqueses de Viana obsequiarán á los que merezcan la envidiable distinción de ser convidados, de otro que á *sotto voce* se dice que darán los Duques de Bailén y también los Condes de Superunda... Hay quien desempeñando el indiscreto papel de curioso ha oído prometer á la linda mariscala Bazaine que se bailará en su salón; igual oferta se dice de los Marqueses de Bedmar y de la Duquesa de Híjar; esta señora dará una función dramática.

A no ser por el poco espacio con que cuento y la poca paciencia que ya tendrán mis lectores para oírme, señalaría una por una las distinguidas personas que concurrirán al Español la noche del 22, y merced á las cuales, hablándose de los espectadores, puede decirse: «Estaba brillante.»

Y en cuanto al drama, ¿qué puedo expresar ¡pobre de mí! en honor al inspirado autor de *O Locura ó Santidad*? Dejémosle alabanzas y censuras á expertos críticos. Para asunto tan grande es muy poca cosa mi opinión, y mis humildes plácemes hasta parecerían ofensas; sin embargo, nadie me impedirá que refiriéndome al interés de esa obra, diga que nunca he odiado más los entre actos; y que tratando de enviar al Sr. Echegaray mi pobre, pero sincero parabién, le ruegue lo admita, no en nombre de una criatura, sino en el de un corazón conmovido al escuchar... no, digo mal, al sentir aquellas magníficas é inolvidables escenas.

Tuve una inspiración la otra noche: fui á visitar á los Marqueses de Dos Hermanas: eso bastaría ya para que fuese una feliz idea, pero además recibí al entrar la agradable é inesperada sorpresa de encontrar allí á D. José Zorrilla, el inolvidable autor de tantos y tan preciosos versos, el viajero que anhelábamos de nuevo ver entre nosotros. Leyó algunas de sus poesías; si posible fuera que su antigua reputación aumentase, diría que crece aún en cada una de sus rimas; no es el Zorrilla que vino de América; ha vuelto á ser el Zorrilla de sus primeros años, porque Zorrilla fué un prodigio desde el día en que, siendo niño aún, su genio se abrió paso para ascender á infinita altura. Hasta la una estuvimos oyendo á tan insigne vate, unas veces sus lindas composiciones y otras su agradabilísima conversación.

Veintinueve años tenía cuando compuso su célebre drama *Don Juan Tenorio*, en veintinueve días lo escribió y vendiólo por 21.000 rs. también.

¿De inspiraciones he hablado?... Yo creo que lo estaré si concluyo, pues imagino á mis lectores aburridos ya de 26 de Enero de 1877.

ELLA.

El baile que los Duques de Fernan-Nuñez tenían anunciado para el día 24, y que una, afortunadamente ligerísima; indisposición de su graciosa hija Rosario les obligó á suspender, se celebró el 29. Preciso sería para dar una lejana idea de aquella fiesta que poseyese el idioma castellano la portentosa riqueza del arábigo, el cual, si hay que dar crédito á las afirmaciones de los eruditos, tiene sinónimos á millares y puede espresarse de cien modos distintos: amabilidad, encanto, esplendor, elegancia, belleza, alegría, satisfacción... Todos cuantos tienen el honor de tratar á los Sres. Duques de Fernan-Nuñez, todos cuantos han pisado los artísticos y ricos salones del palacio de la calle Santa Isabel, saben que ninguna expresión de elogio, afecto y gratitud podrá tacharse de excesiva y exagerada; y no decimos más, pues—en un tiempo como el actual donde de cada baile brotan los piques á millares—difícil tarea es la de elogiar sin que el elogio dé lugar á envidia, sin que de las comparaciones puedan resultar críticas. Lo cierto es que los Duques de Fernan-Nuñez, con su afabilidad exquisita, su cordial trato, su deseo de complacer á todos, su verdadera ciencia en el arte de recibir, no tienen rivales.

A las once y media S. M. el Rey y S. A. R. la Princesa de Asturias, que se dignaron honrar esta fiesta con su augusta asistencia y realzarla aún llegaban al palacio Cerbellón brillantemente iluminado—y en seguida se dió principio á los bailes con el rigodon de honor, que con los dueños de la casa bailaron las Personas Reales. Rotas las hostilidades de la galantería, siguieron los vales, polkas, mazurcas, rigodones, sin cesar, notándose la agradabilísima novedad de bailes acompañados de coros, novedad que daba la unión de las voces humanas con los suaves acentos y armonías de los violines y flautas.

A la una y media bajaron para cenar—á la sin igual estufa que en el piso bajo de su palacio tienen los Duques de Fernan-Nuñez—S. M. el Rey, con la Duquesa de Fernan-Nuñez; S. A. R. la Princesa de Asturias, con el Sr. Duque de Fernan-Nuñez; S. A. R. el Príncipe de Sajonia Coburgo, con la Marquesa de Miravalles; S. A. R. el Príncipe Luis de Borbon, con la señora Duquesa de la Torre; el Presidente del Consejo de Ministros, con la señora Marquesa de Santa Cruz; el Capitán general, Marqués de la Habana, con la señora Marquesa de Alcañices; el conde Ludolf, ministro de Austria-Hungría, con la señora Duquesa de Bailén, y algunas otras personas que por su posición tenían asiento á la mesa de S. M. Duró media hora la cena, y luego se abrieron para todos las habitaciones del piso bajo.

Recordar cuantas personas acudieron á esta fiesta, describir todas las que habría que citar para cumplir con los deberes del cronista, es imposible; habría que formar una lista tan larga como la de D. Juan: artistas, grandes, generales, hombres políticos, todos tienen entrada en casa de los Duques de Fernan-Nuñez; y sin embargo, no hay sociedad más esmeradamente *choisie*.

Deberíamos hablar de trajes, vestidos, aderezos, pero todo se nos presenta como envuelto en una nube de rayos de luces y de diamantes. Brillantes, perlas, rubíes, zafíros,

esmeraldas, encajes, raso, terciopelo, forman el fondo del cuadro, de donde se destacan como bellas entre las bellas encantadoras imágenes que más bien parecen ideales creaciones de nuestra fantasía (y perdonémoslas las damas que involuntariamente dejamos de citar) la Marquesa de Ayerbe, con vestido color de rosa; la de Puerto Seguro, con vestido de raso blanco; la Condesa de la Corzana, también de raso blanco; la Duquesa de la Torre y la Condesa de Montebello, de negro con adornos blancos, la Marquesa de Alcañices, con traje gris; la señora de Bazaine, la Marquesa de Casa Torres, Marquesa de Javalquinto, Condesa de Gomar, con cierta licencia poética de peinado que la hacía aún más encantadora; la Marquesa de Acapulco, la señora de Xifré, la Marquesa de Isasi, la Condesa de Peña Ramiro, la Marquesa de Valmediano y la distinguida Mme. Bauer, con traje blanco bordado de perlas de exquisito gusto y extraordinaria elegancia, que en nuestra humilde opinión podían pretender el primer puesto de entre tantas bellezas.

Comprendemos que para no excitar vanidades, que siempre demasiado pronto han de desarrollarse, no deberíamos hablar de las señoritas; pero ¿cómo pasar inadvertidos de las señoritas de Fernan-Nuñez, Osma, Bassecourt, Torrecilla, Serrano, Heredia, Potestad, Acebo, Silvela, Errazu y tantas otras, sin admirarlas?

Supla el lector todo cuanto no tenemos tiempo de apuntar: no podemos hablar de los hombres; vestían todos de frac y corbata blanca; los unos tienen pelo en la cabeza, son los menos; los otros ostentan hermosa calva; todos dicen á todas lo mismo: el talento de los hombres no se conoce en los bailes: no hablemos, pues, de ellos.

DE PORTUGAL.

Esteve muito concorrida a *soirée* de sabbado em casa da ex.^{ma} sr.^a D. Julia de França Netto. Dançou-se até as tres horas da manhã, terminando a *soirée* por uma contradança marcada pelo sr. Conde da Louzã (D. Luiz).

—Em casa do Consul da Russia honre no passado domingo (21) arvore do Natal, enfeitada de lindos brindes, offerecidos amavelmente pela graciosa madame de Laxmann ás pessoas que recebo em sua casa.

—Acaba de publicar-se a sétima edição do livro notavel intitulado *Eurico*, de que é autor o sr. Alexandre Herculanx, o eminente historiador portuguez, o primeiro homem de letras de Portugal, tão grande pelo talento como respeitavel pela probidade.

E'provable que os leitores do EL CAMPO em breve possam apreciar o estilo encantador e os altos conceitos de tam erudito escriptor, que occupa na historia litteraria e scientifica do Portugal contemporaneo o logar eminente que em França preencheram Guizot e Thierry, em Hespanha Don Pascual Gayangos, D. Fernin Caballero, D. José Amador de los Rios, e em Inglaterra lord Macanlay.

—Lisboa, como todos reconhecem, não tem uma grande avenida, bordada de edificações guarnecidas de largos passeios, por onde a multidão possa gosar ar puro, e distraindo-se com o aspecto ruidoso das carroagens que necessariamente haão de atravessal-a.

E por isso que está sendo esperado com anciedade geral o resultado de um projecto de lei, pendente de camera dos deputados e ja dado para discussão, pero qual seráõ declaradas expropriações por utilidade de publica todas as que forem necessarias para a abertura da grande avenida que deve partir do *Passeio Publico* em direcção á linha de circumvalação da cidade. Lisboa não tem um passeio para carruagens, e urje dotal-a com este melhoramento.

NOTICIAS GASTRONÓMICAS.

Ha empezado la estación del salmon, el más preciado producto del mar Cantábrico y el poético río Nalon y otros, en España. Ni su importancia, ni su alta categoría le libran, sin embargo, de ser inmundamente guisoteado en las domésticas cocinas. Su mejor aderezo es, sin embargo, sencillísimo y como sigue:

SALMON A LA MAITRE D'HOTEL.—Córtese el pescado en ruedas de dos centímetros de espesor, límpiense éstas perfectamente de la espina y pellejo, séquense y pónganse en un adobo de buen aceite, sal, cebolla en rajas y ramas de perejil: media hora antes de servir, se sacan las ruedas del adobo, se ponen á asar en la parrilla de alambre y con cuidado de que el punto del asado pase del reblandecimiento de la carne, sin llegar al *tustureo*. Pónganse las ruedas en una fuente de metal previamente calentada y que deberá contener ya la salsa y añádase patatas enteras cocidas ó recocidas al menos al vapor. Sirvase.

SALSA A LA MAITRE D'HOTEL.—Cantidad discrecional segun la de carne ó pescado á que ha de acompañar la salsa y al paladar del consumidor. Se lava perejil en rama, se pica, y picado, se envuelve en la punta de una servilleta, sumergiéndole en agua fría y apretándole fuerte. Con este segundo lavado se quita al perejil el sabor acre que tiene en invierno, y en otoño sobre todo.

Para hacer la salsa se tiene en una pequeña cacerola ó simple sarten: el perejil, la manteca que se juzgue necesaria, sal y pimienta y una cucharada de jugo de limón. Este ácido no se puede sustituir con ningún otro para esta salsa. Se pone á la lumbre la cacerola y se deja derretir la manteca sin que llegue á convertirse en aceite. Se mezcla todo y se vierte en la fuente que deba contener el pescado ó *beef-steak*. La salsa no debe hacerse sino en el mismo momento de llevarse á la mesa, y no debe descuidarse la precaución de calentar la fuente donde se sirva (1).

(1) Entre los numerosos guisados de que es objeto el salmon, preferimos éste, por ser el que más íntegras le conserva todas sus cualidades. El fuego no le roba ninguno de sus elementos esenciales, pues sólo se le emplea para despojar su carne de los jugos acuosos que contiene; y en cuanto al guiso, las patatas evitan la monotonía, y la salsa acidulada, por el contrario, excita y mantiene las papilas nerviosas del paladar en el deseo de un sabor constante de tan rica vianda.

ALCACHOFAS A LA BARIGOUTE. (*Alcachofas rellenas, rehogadas.*)—Después de despojarlas de las hojas y tallo inútiles, se cuecen echándolas desde luego en agua hirviendo para limpiarlas y que se ablanden hasta cierto punto. Se ponen luego en agua fría un momento, y después se exprimen entre los dedos para que suelten el agua. Se sazonan con sal y pimienta y se ponen de copete en una sarten con un poco de aceite, para que se fría el borde de las hojas tan sólo. Se hace un relleno con un poco de perejil lavado, picado y frito, raeduras de tocino, dos partes iguales, en peso, de manteca y harina y un decilitro (ó jicara pequeña) de caldo. Se pone todo esto en una cacerola á la lumbre durante cinco minutos, removiéndolo con cuchara de palo. Se rellenan las alcachofas, se tapa cada una con una rajita de tocino, y se atan con un hilo para que no se deformen. Se ponen á cocer en caldo á fuego lento durante veinte minutos, con fuego sobre la tapa de la cacerola, y cuando estén bien cocidas, lo que se conocerá hincándoles una aguja, se sirven.

NOTICIAS ECONÓMICAS.

VACA: Solomillo, de 7 á 9 rs.; tapa, cadera, etc., á 18 cuartos con y 28 sin hueso libra (Plazuela de la Cebada). En los demás mercados: á 26 cuartos con y á 4 rs. sin hueso. *Riñones*, á 4 rs. libra.

TERNERA: Chuleta, cadera, tapa, contratapa, á 5 rs.; pecho, faldá y morcillo, á 2 rs. libra. *Manos*, á real y medio; cabeza, á 4; lengua, á 3; seso, á 3, pieza (Plazuela de la Cebada). En los demás mercados: chuleta, á 6 rs.; el resto de la carne á 8 y 3 respectivamente.

CARNERO: Como la vaca, por punto general.

CORDERO: Entero, de 18 á 26 rs.

CABRITO: Entero, de 12 á 16 rs.

CERDO: Tocino, á 28 cuartos; lomo, á 5 rs.; chuleta, á 5 reales; magro, á 4; costilla, á 20 cuartos; manos, á 20 cuartos; orejas, á 3 rs.; cabeza, á 15 cuartos; rabadilla, á 18 cuartos; manteca, á 40 cuartos; codillo fresco, á 2 1/2 reales; jamón, de 5 á 7 rs.; salchicha roja, á 4 rs.; blanca, á 5 rs.; todo por libras (Plazuela de la Cebada).

AVES DE CORRAL: Gallina, de 12 á 20 rs.; polla, de 8 á 14 reales; pollo, de 6 á 12 rs.; pato, de 10 á 16 rs.; pichones, de 6 á 10 rs. par; pavo, de 20 á 30 rs.; para, de 16 á 24 reales.

CAZA: Perdiz, de 14 á 20 rs. par; chocha, de 12 á 16 reales par.

LIEBRE: de 6 á 10 rs.; conejo, de 4 1/2 á 8 rs.

PESCADO: Salmon, á 20 rs.; lubina, lenguado y salmonete, á 7 rs.; pescadilla, merluza y congrio, á 6; calamares y esca-beche, á 5; besugo y sardina, á 3 libra.

MARISCOS: Almejas, á 2 1/2 rs.; langostines, á 16 libra; ostras, desde 5 hasta 8 rs. docena.

LEGUMBRES: Por libra: Coliflores y repollo frances, de 1 á 3 rs.; brecolera y cardo, de 1/2 á 2 rs.; repollo, á 1/2 real; cebollas, á 5 cuartos; calabaza, á 4 cuartos; tomates, á 15 cuartos. Por pieza: lombarda, de 6 cuartos á 2 1/2 rs.; lechuga, á 4 cuartos. Por docenas: pimientos rojos, de 12 cuartos á 3 rs.; idem verdes, de 1 á 2 rs. Por manojo: zanahorias, 10 cuartos; puerros y acelgas, 4; rábanos, 2; espárragos, á real y medio (manojo de ocho ó diez pequeños).

FRUTAS: Melón, de 2 á 6 rs. Por libra, pera de Aragon, á 15 cuartos; manzana de invierno, camuesa y perico, de 12 á 14 cuartos; uvas, de 12 á 16.

QUESOS: De Villalon, á 4 rs.; de Búrgos, á 6 rs., por libra.

HUEVOS: De 38 cuartos á 6 rs. docena.

Las perdices son escasísimas por estar contratadas para París cuantas se presentan hasta el día 7 de Febrero.

Son primicias: El salmon, las alcachofas de la sierra y de Valencia, los guisantes y habas y los espárragos.

Postimerías: Los pimientos, tomates, pera de Aragon y uvas.

FLORICULTURA.

FEBRERO.

Segunda quincena.

En el jardín:

Continúan floreciendo las mismas plantas que en la primera quincena, si no recrudescen la temperatura.

Empiezan, entre otras: la *aubrietia deltoide*, el *narciso amarillo anaranjado* y la *pervenca grande*.

La primera es una planta vivaz de pequeña alzada, pues sus tallos no suelen pasar de 10 centímetros de altura, y sus flores son de un lila azulado, sin perfume.

La *pervenca grande* tiene las flores azules, sin perfume, crece hasta metro y medio, y se le han atribuido grandes propiedades medicinales. Sus hojas están siempre verdes y á veces con rayas ó manchas amarillas. Es arbusto muy propio para macizos.

TRABAJOS PREPARATORIOS. Trasplantar del plantel á los sitios que deban ocupar definitivamente las matas de *gypsophila paniculada*, *altramuz polifilo*, *maritica inodora*, *ranunculo peonia*, *stactica* de hojas grandes y pensamientos.

Plantar los arbustos siguientes: *Aristoloco sifon*, *bignonia* de Virginia, *calycantho florido*, lila común, *rosal*, sus variedades, y *escaramujo*.

Sembrar las semillas de la *escoltzia* de California, el *guisante de olor* y la *pata de alondra*.

Plantar esquejes de cepa, de las plantas vivaces *aquileia* de Egipto, *boton de plata*, *acónito bicolor*, *ancolia* de jardín, *crisanthemo rosa*, *guisante de olor* de hojas grandes, *laurel* de San Antonio (epilobo de espiga), *ranunculo* de hojas de acónito (otro *boton de plata*), *ranunculo* rastrero (*boton de oro*) y *violeta* de las cuatro estaciones.

Amugroñar: la *madreselva* siempre verde, las *clemátides* de flores abiertas, lanosa y flameada; el *membrillero* del Japon, la *glycina* de China y el *jazmin real* ó de Valencia.

Y en fin, plantar por esqueje de rama el *grosellero* sangeineo.

EXPLICACIONES. La diferencia que hay entre el *esqueje de cepa* y el *esqueje de rama* está bastante indicada en sus mismas denominaciones para que insistamos en aclararla.

Amugroñar es enterrar la extremidad de la rama de una planta ó arbusto sin separarla de la cepa madre, con objeto de que *prenda* en la tierra. Cuando se calcula que la rama ha echado raíces, esto es, que ha *prendido*, lo cual suele suceder para el primer otoño, y en algunas especies mucho antes, se separa la rama de la cepa, y se obtiene así una planta nueva.

En fines de este mes, ó principios de Marzo, conviene poder muy corto los *hijos* de la cepa de *bignonia* de Virginia y las ramas del año del *jazmín real* ó de Valencia. Ambas plantas darán así mucha flor. Se despoja al *gynerium plantado* de la paja en que debe haber pasado envuelto el invierno, y se le quitan las hojas secas. La *violeta* de las cuatro estaciones se planta ahora en acirrate y en grupos aislados, que florecerán tanto más cuanto más unido y sólido esté el acirrate y evitados los regueros.

En los tiestos:

Empieza el *alhelí* de invierno y sus variedades.

TRABAJOS. Plantar por *esqueje de cepa* el *chrysanthemo* de las Indias y sus variedades.

Podar y limpiar las *fuchsias*, *hortensias* y *verbena limonera*.

EXPLICACIONES. Este es el momento de procurarse, por medio de los *esquejes de cepa*, nuevas plantas de *chrysanthemos* de las Indias. Esta hermosa planta de otoño, muy conocida, puede continuar en eflorescencia hasta fin de año, desde principios de Setiembre. Las flores presentan infinidad de matices, desde el blanco puro hasta el morado, y están divididas en dos grupos: grandes y pequeñas.

Es ésta también la época en que empieza á retoñar la *fuchsia*. Es preciso sacar del tiesto la planta, quitarle una tercera parte de la tierra, refrescarle las raíces, *esquilándoselas*; luego ponerla en otro tiesto un poco mayor y en tierra compuesta por mitad de *mantillo* y ordinaria, suprimiendo, en fin, la tercera parte de la longitud de sus ramas, mojar la tierra, que debe estar seca, y resguardar la planta del frío.

Poner al sol los tiestos de *hortensia*, empezando á regarlos, y recortar un tercio de las ramas.

Cortar mucho las de la *verbena* para que permanezca enana y espesa de hoja. Si la planta tiene más de un año, se saca del tiesto, se disminuye el burullon, y se replanta en tiesto más grande y en tierra y mantillo nuevos. La flor es blanca; tienen perfume á limón las hojas de la planta, que es un arbusto, y florece desde Mayo á Octubre.

La *hortensia* florece desde fines de Mayo hasta principios de Octubre, así como las *fuchsias*. Estas suelen durar en flor algo más.

TIRO DE PICHON DE MADRID.

TIRADA DEL 22 DE ENERO DE 1877.

A las dos de la tarde, y con un tiempo casi primaveral, dió principio la tirada ordinaria, verificándose siete piñas, cuyo resultado fué el siguiente:

1.^a *Piña*.—Cada tirador á su distancia; en 5 pichones, 6 tiradores: ganada por D. Fernando Soriano, matando 5 pájaros de 7, á 24 metros.

2.^a *Piña*.—Cada tirador á su distancia; en 3 pichones, 8 tiradores: la ganó D. Fernando Soriano, matando 3 pájaros de 3, á 25 metros.

3.^a *Piña*.—Cada tirador á su distancia; en 5 pichones, 8 tiradores: ganada también por D. Fernando Soriano, que mató 4 pájaros de 5, á 26 metros.

4.^a *Piña*.—A 20 metros; en una carambola, 8 tiradores: ganada por el señor Marqués de Camposagrado, que hizo 2 carambolas de 2.

5.^a *Piña*.—Cada tirador á su distancia; en un pichon, 8 tiradores: ganada por el señor Duque de Tamames, que mató 3 pájaros de 3, á 30 metros.

6.^a *Piña*.—Cada tirador á su distancia; en 3 pichones, 3 tiradores: la ganó D. Federico Luque, matando 2 pájaros de 3, á 27 metros.

7.^a *Piña*.—A 25 metros; en un pichon, 5 tiradores: ganada por el señor Marqués de Camposagrado, matando 4 pájaros de 4.

Tomaron parte en las diferentes piñas, los señores: Duque de Tamames, Marqueses de Camposagrado y de Casa-Ramos, Conde de Gomar, Vizconde de Bahía-Honda, Erazu, Soriano; D. Fernando y D. Antonio Calzada, Muñero y Mr. Carton de Familleureux: la tirada terminó á las seis de la tarde.

MERCADO DE MADRID.

El precio de la carne ha fluctuado en la última quincena de 14,50 á 15 pesetas arroba. El pan de dos libras, de 38 á 41 céntimos de peseta. El carbon, á 1,75 pesetas arroba. El aceite, de 18 á 20 pesetas arroba. El vino, de 6,50 á 10 pesetas la arroba. El trigo, de 11,90 á 93 fanega. Y la cebada, de 5,79 á 82 fanega.

CUADRADO DE PALABRAS.

Solucion de los cuadrados del número anterior.

I.
T a l e s

a l o r a

l o p e z

e r e b o

s a z o n

II.
C e l o s

e s o p o

l o c a l

o p a l o

s o l o n

Para dar la solución en el próximo número.

I.

- 1.^a Personaje cuyo infortunio debe servir de escarmiento á los presumidos y confiados.
- 2.^a Signos ortográficos.
- 3.^a Parte de las vestiduras sagradas.
- 4.^a Animalejo dañino.
- 5.^a Lugar que da título á un ilustre historiador español.

II.

- 1.^a Personaje político español contemporáneo.
- 2.^a Sitio elevado.
- 3.^a Lo que suele convenir más al campo en España.
- 4.^a Diosa muy tierna.
- 5.^a Animales muy bravos.

PROPIETARIOS.

D. J. Luis Albareda.—D. Abelardo de Cárlos.

Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Arribas y C.^a
(sucosores de Rivadeneyra),
IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.

ANUNCIOS.

FERRO-CARRILES DE MADRID Á ZARAGOZA Y Á ALICANTE.

SERVICIO DE TRENES.

Líneas de Alicante, Valencia y Cartagena.

	MIXTO.	MIXTO.	MIXTO.	CORREO.
Madrid, salida...	7.00 m.	9.00 m.	6.30 t.	7.50 n.
Toledo, llegada...	10.15 m.	»	9.45 n.	»
Alicante, llegada...	»	5.25 m.	»	10.45 m.
Valencia, llegada...	»	8.40 m.	»	11.29 m.
Cartagena, llegada...	»	9.00 m.	»	1.35 t.

	MIXTO.	MIXTO.	MIXTO.	CORREO.
Cartagena, salida...	»	4.30 t.	»	12.45 t.
Valencia, salida...	»	5.30 t.	»	2.55 t.
Alicante, salida...	»	8.20 n.	»	4.20 t.
Toledo, salida...	7.12 m.	»	5.00 t.	»
Madrid, llegada...	10.27 m.	6.15 t.	8.40 n.	8.30 m.

Líneas de Andalucía, Extremadura y Portugal.

	MIXTO.	CORREO.
Madrid, salida...	7.00 m.	9.00 n.
Córdoba, llegada...	2.33 n.	12.41 t.
Granada, llegada...	4.00 t.	10.39 n.
Málaga, llegada...	11.44 m.	8.30 n.
Sevilla, llegada...	8.35 m.	5.48 t.
Cádiz...	»	10.30 n.
Ciudad-Real, llegada...	5.28 t.	6.04 m.
Badajoz, llegada...	11.10 m.	5.33 t.
Lisboa, llegada...	»	5.35 m.

	MIXTO.	CORREO.
Lisboa, salida...	»	8.00 n.
Badajoz, salida...	3.30 t.	8.15 m.
Ciudad-Real, salida...	10.05 m.	8.45 n.
Cádiz, salida...	»	5.15 m.
Sevilla, salida...	6.25 t.	10.00 m.
Málaga, salida...	4.00 t.	7.15 m.
Granada, salida...	11.30 m.	5.00 m.
Córdoba, salida...	12.50 n.	2.23 t.
Madrid, llegada...	8.40 n.	6.05 m.

Líneas de Zaragoza, Barcelona, Navarra y Bilbao hasta Logroño.

	MIXTO.	MIXTO.	MIXTO.	CORREO.
Madrid, salida...	7.05 m.	11.00 m.	4.35 t.	7.45 n.
Guadalajara, llegada...	9.20 m.	1.10 t.	6.45 t.	9.23 n.
Zaragoza, llegada...	8.45 n.	»	»	6.10 m.
Barcelona, llegada...	»	Domingos	»	8.00 n.
Pamplona, llegada...	»	y días	»	12.41 t.
Logroño, llegada...	»	festivos.	»	10.45 n.

	MIXTO.	MIXTO.	MIXTO.	CORREO.
Logroño, salida...	»	»	Domingos	4.28 t.
Pamplona, salida...	»	»	y días	2.00 t.
Barcelona, salida...	»	»	festivos.	7.00 m.
Zaragoza, salida...	6.50 m.	»	»	9.25 n.
Guadalajara, salida...	7.54 n.	7.40 m.	5.10 t.	6.35 m.
Madrid, llegada...	10.04 n.	9.55 n.	7.25 n.	8.26 m.

La m, significa mañana; la t, tarde y la n, noche.

Los trenes correos sólo llevan, por regla general, coches de 1.^a y 2.^a clase: los mixtos llevan coches de 1.^a, 2.^a y 3.^a clase.

GRAN ESTABLECIMIENTO

ARBORICULTURA,

EN LOS

CAMPOS ELÍSEOS DE LÉRIDA.

Abundante y variado surtido de árboles frutales de superior calidad; forestales, de paseo y de adorno.

Arbustos de todas clases, rosales, geránios, dhálias, peonías, etc., etc.

Magnífica colección de hermosísimos ejemplares de Coníferas, Magnólias, Camelias, Rhododendrons, etc., etc.

Olivos herbequines, moreras y viñas.

PRECIOS SUMAMENTE REDUCIDOS.

Para los pedidos, dirigirse á D. Francisco Vidal y Codina en dicha ciudad, á cuyo cargo está el Establecimiento.

Se vende el caballo

LUCERO,

Entero, tordo oscuro, con ocho años, y ocho dedos de alzada, de magnífica estampa, anglo-árabe-español, de la ganadería del Excmo. señor Marqués del Saltillo sin resabio y en perfecta condición. Ganador de más de cuarenta premios de carreras, llevando en algunas, hasta ocho arrobas y diez y seis libras de peso. Reune las condiciones de semental de primera clase. Su precio: 5.000 duros. Dirigirse á su dueño, R. E. Davies. Jerez de la Frontera.

ARMAS Y EFECTOS DE CAZA.

ALCALÁ, 5, MADRID.

Especialidad en cartuchos de todos los calibres para escopetas centrales y Lefaucheux.